

EL AÑO DE LA BALLENA

**MARCO ANTONIO DE LA
PARRA**

Me pueden llamar Ismael. Sé que es un nombre bíblico pero me lo pusieron por una novela de un señor enloquecido que perseguía una ballena blanca. Ismael no era ese señor. Ismael era el sobreviviente y narraba todo mucho después que es cuando narran los sobrevivientes. La novela tampoco se llama Ismael, se llama *Moby Dick* y es el nombre de una ballena blanca pero a mí me pareció siempre el nombre de un grupo de rock. Así le pondría a mi grupo, mi primer grupo rock. Pero supongo que cuando comenzó todo esto yo lo que más podía ser era un sobreviviente.

Sé que hablo raro y supongo que es culpa de que leo mucho. O al revés. Tal vez porque hablo raro me puse a leer. Según mi tío Juan, leer no es tan raro y es una pena que cada vez se lea menos. El tiene una casa llena de libros y su trabajo es leer. No conozco otra persona que trabaje leyendo. El lee libros para una editorial, para un diario y para otra gente. Mi madre, que es su hermana, dice que habría sido un gran escritor y dice que tiene un cerro de páginas amontonadas. Yo no sé qué es ser un gran escritor. Solo hace poco empecé a escribir esto que no sé cómo se llama. Cuando me di cuenta que sobrevivía. Quizás escribir es como hablar debajo del agua. Quizás un gran escritor es como un buzo, como un barco pirata, como un submarino. Todos los que escriben son sobrevivientes de algo. Mi tío Juan me dijo algo así,

alguna vez. Me acuerdo: «Escribir es hablar debajo del agua». Ahora me acuerdo.

Es raro escribir y empezar a hablar de uno mismo igual que si uno se pusiera de pie delante del curso o del psicólogo y contase su vida, sin que siquiera te hagan preguntas: «Me llamo ksmael, todo esto me pasó el año de la ballena».

No sé bien por qué empecé a escribir y no sé si a alguien alguna vez le mostraré estas páginas. No son un libro como los de mi tío Juan pero, de verdad, escribirlo hace mejor que ir al psicólogo. Quizás por eso haya tantos psicólogos: porque la gente lee y escribe cada vez menos.

Yo escribo para no sentir la tormenta dentro de la cabeza, el ruido de palabras agitándose como cuervos que se levantó cuando tuve que irme corriendo al dormitorio y no desapareció hasta escribir, el estallido de la madera del barco ante el empujón de la ballena blanca atacando como solo ataca un animal herido, mi Moby Dick. La admiro, venció a todos, y por eso, yo, que me llamo Ismael, en realidad siempre estuve de parte de la ballena blanca.

Es loco decirlo pero el ruido de las palabras, tan parecido al sonido del mar, te va dejando la cabeza y el corazón en silencio.

La cabeza yo ya la tenía rara, según mi padre, desde antes que ellos se separaran pero fue cuando ellos se gritaron en la mesa y mi hermana Claudia se levantó y le dio una bofetada a mi padre que a mí se me llenó la cabeza de ideas. No es que me pusiera a pensar cosas, sino que ya no pude dejar de sentir que había una especie de muro invisible entre lo que pasaba fuera de mi cabeza y dentro de ella. La explosión de mis padres, la energía que dejaron soltar en su partida, sus rayos de veneno, me lanzaron por fuera de la borda y quedé ajeno, extraño. Casi sin memoria. Me decía a mí mismo mi nombre pero sentí que afuera no me conocían. O yo ya no los conocía. Ni a mi padre ni a mi madre ni a mi hermana. Quizás ni a mi tío Juan, ni a mí. Me decía «Yo soy Ismael» y no me sonaba cierto. Palabra hueca, tonta, como una campana de palo. Por eso lo primero que puse en estas páginas fue: *Me pueden llamar Ismael*. Uno escribe para ser alguien, primero que todo. Yo escribo para ser Ismael.

Un psicólogo que me vio dijo que eso era como una escafandra. Yo, dentro de mi «campo de energía» (como le puse con mi tío que es el único que sabe de verdad lo que me pasa o casi lo sabe) pensé que ese señor con cara de amable, de quiero-comprenderte o cuéntame-todo-lo-que-quieras, como los profesores jefes, las orientadoras y los curas de confesionario, era un lobotomizado. Lo pensé así, lobotomizado, pero igual le dije que tenía razón.

Los lobotomizados son para mí gente que parece que habla o parece que vive pero están muertos por dentro o vacíos. Es como una vida vegetal a medias. La tele, por ejemplo, está llena de lobotomizados. Se ríen, hacen chistes. Los adultos se juntan a conversar en los almacenes, toman té con galletas o se ríen de las mismas cosas. Mi padre ya se estaba convirtiendo en un lobotomizado. Mi madre lo hizo hace rato. Los adultos, parece que todos, tarde o temprano se convierten en eso. No son extraterrestres. No es una enfermedad. Primero son buenas costumbres, después resignación y, de pronto, ya está listo, eres un lobotomizado. En una enciclopedia del tío Juan salía que a los criminales les sacaban un lóbulo del cerebro y quedaban lobotomizados. O sea, sin ideas criminales, mansos como un gomero, en realidad sin ningún tipo de ideas. Cuando vi ese dibujo pensé que todas las ideas criminales había que esconderlas. Cuando me llevaron al psicólogo casi lloré, creí que me iban a lobotomizar. Pero cuando me sonrió y puso esa cara de adulto- comprensivo-con-los-jóvenes supe que el lobotomizado era él.

Una vez el lobotomizado ése me dijo que yo no quería más violencia en mi vida, que por eso usaba la escafandra o el campo de energía, supongo que en eso tenía razón. Yo no quería oír más gritos ni ver más bofetadas en la vida, pero eso lo sabe cualquiera sin ser psicólogo. Me pregunté si los lobotomizados por lo

menos eran felices. No, bastaba ver a mis padres esos días. Y a mi hermana. Yo no me miraba ni al espejo.

Mis padres se separaron de repente, al volver de una fiesta de Navidad en casa de mi abuela materna que vive sola y habla solamente de su salud pero cocina espléndidamente (con esta palabra me gané, un premio en cuarto básico así que la uso a menudo). gran trifulca de la bofetada había sido cuatro días antes y ahí creo que Claudia y yo supimos un montón de cosas o yo por lo menos me enteré del montón de cosas que todos creían que el otro no sabía. Quizás yo ya tenía la escafandra y ahí fue que se me agudizó. Quizás ya tenía la cabeza llena de vidrios quebrados, juguetes viejos, frases que ya no te sirven, fotos de papá y mamá juntos besándose o conmigo o de mi primera comunión, basura. Ya no me importa. Mi padre, alto como un árbol y de muy mal genio, trató a mi madre de histérica y mi madre lo trató de cabrón. Nunca habían discutido en público. Mi hermana, que es mucho más grande que yo, dijo que mi padre era un abusador. Yo tenía trece años y estaba preocupado de si me regalaban o no un playstation. Cuando me lo regalaron, desbloqueado y con varias copias piratas de los juegos originales, creí que las cosas podrían volverse a poner en su sitio. Que no era «game over» como en los estafadores de los juegos donde tienes que comprar la ficha y basta poner de nuevo

*

en marcha el circuito para dárselo vuelta completo. Que la vida de uno no era una versión pirata de otra vida original, y que la tuya de pronto se te bloqueaba y no se encendía más la pantalla.

Aquí ni siquiera se podía comprar la ficha y de eso me di cuenta en un instante. El psicólogo, al que no pudimos seguir yendo porque no teníamos dinero, me alcanzó a decir que quizás yo seguía esperando que mis padres se reconciliaran. Incluso alcanzó a decirme que tal vez yo, y no sé si dijo que «creía», «estaba seguro» o «me daba cuenta», que mi propio nacimiento era fruto de una reconciliación temporal. «Tal vez sientes que has sostenido muchos años el matrimonio de tus padres», dijo. Yo me imaginé un dibujo de Sansón que tiene mi tío en un libro. Sansón ciego, tirando las columnas de un templo, encadenado. Traicionado por Dalila, muriendo mientras mata a sus enemigos.

Claudia se levantó de la mesa y le dio una bofetada como el 20 de diciembre. Hacía mucho calor, en mi país hace calor en Navidad y no hay nieve ni arbolitos ni nada de eso, y yo me fui a la playa parece que triste. Fui con David y Fran que eran amigos míos de esos barrios, creo que me divertí mucho entre las olas. Soñé que era una ballena blanca y no un marinero náufrago. Gritamos y mientras más gritábamos al capear las olas yo sentía más hondamente la esperanza de que todo pasara. Como una ola más, hasta un terremoto más. Después, poco a

poco, las cosas volverán a ser como antes. Eso que se dice un ahogado, sujeto al trozo de madera. Alguien vendrá a rescatarnos, no hay tiburones, no estoy muriéndome de frío.

Con el tiempo me di cuenta de que el barco entero se estaba hundiendo. Que se hundía hacía mucho tiempo. La fiesta en casa de la abuela fue larga y llena de risas falsas. Mi padre tenía cara de moai y mi madre abra-

zaba demasiado a mi abuela. Claudia sollozó cuando me dieron el playsration. Soy el más chico de mis primos y me aburre a veces ser el pequeño de la familia, aparte que Ismaelito suena horrible y me dicen Mel que creo que es peor aunque Mel Gibson me anduvo levantando el ánimo cuando lo vi en la televisión y pensé que una estrella de cine se llamara como yo era una suerte. La película era «Corazón valiente» y Mel Gibson le ganaba a todo el mundo. Yo quería ganarle a todo el mundo. Mi padre siempre me decía que tenía que ganarle a todo el mundo. Para eso tenía que ser ingeniero comercial, católico y aprender inglés e informática. Mi madre quería que yo fuera feliz y quería que apagara el televisor y leyera con ella. Mi padre no podía ver al tío Juan y decía siempre que era un marica y me preguntaba si me manoseaba y esas tonterías. Yo. sé lo que es un marica y no sé si mi tío lo es pero conmigo no lo es. Al igual que eso también sé que el playstation me lo regalaron entre Claudia y mi tío Manuel, hermano de mi

madre, y jefe de mi hermana en una oficina donde le consiguió un puesto de secretaria. Cuando juego me calmo algo, como en las olas. A alguien le gano, a alguien le corto la cabeza. Doy una pirueta imposible en un skate. Pero cuando se apaga la pantalla siento el ruido en mi cabeza. Lo sentía, hasta que empecé a escribir. No han inventado un juego «Arma tu familia» o «Descuartiza a papá y mamá II». Cualquiera de los dos me hubiera servido.

tiempo que el cuerpo se me ponía raro y sedoso. Era como si el cuerpo te dijera que ibas pronto, pronto, a ser feliz aunque no hubiera razón. Incluso soñé una vez que quizás fuese a resucitar y que todo lo vivido era un sueño. Durante muchos días desperté con la sensación de que mi papá entraría a la pieza diciéndome «Hola, Campeón» y me iba a llevar a jugar a la pelota aunque me diera la lata con su cantito «Tienes que ganar, tienes que ganar» todo el partido.

Todo se aguó, más bien se secó, como el estero cuando no hay lluvia y huele a basura y dan ganas de vivir lejos, entre flores o entre nubes, cuando nos cambiamos a la capital. Nosotros nos habíamos cambiado varias veces de casa y era súper divertido pero siempre en la costa. Esta vez alguien, creo que fue mi hermana, me dijo «Mel, ya eres un hombre, haces cajas como todos los demás» y ahí me di cuenta de que yo era el único hombre de la casa. Me dolió la cabeza por dentro, de verdad. Mi madre estaba menos deprimida,

andaba menos atontada con los calmantes y ya tenía que entrar a trabajar. Había conseguido un puesto en un colegio en Santiago y eso le levantaba el ánimo. Digamos que por lo menos ya no estaba como un zombie y a veces me abrazaba sin hablar y sollozaba menos.

Era raro envolver todo lo de la casa con papeles de diarios viejos, con noticias de antes que se pelearan mis papás. Partidos de fútbol de Chile que vi con mi padre, programas de televisión que odiaba ver pero que a mis papás les fascinaban. Y las cosas, cada una era como un libro. Me acordé de mi tío Juan. Cada cosa es un libro que no está escrito. Y los libros no escritos todavía duelen más. Tiré a la basura muchos de mis juguetes, regalarlos al vecinito, olvidarme. La camiseta del Wanderers, el equipo de mi padre y de mi abuelo, la guardé como un tesoro. Los tesoros también duelen, mejor dicho, se les reconoce porque duelen y uno igual quiere tenerlos, aunque duelan. Por mucha escafandra, aunque puse a tope el campo de tuerza, me dio pena. Pero no se lo dije a nadie. "Soy el hombre de la casa», me dije. Como si fuera yo mi propio padre. Y todavía era muy hijo.

¿Cuándo se le pasa a uno eso de ser tan hijo? ¿O es el campo de energía que no me dejaba crecer?

Lo de la pirula, lo confieso, me daba esperanzas. Ser un hombre. Ser rescatado de la niñez de una buena vez por todas. El padre es como un capitán: duele irse a pique

Inscribo esto por eso mismo, porque ahora cumplí catorce y me han cambiado de casa, de barrio, de colegio y de familia y me han pasado muchas cosas en este año ál que le digo el de la ballena blanca. Antes, cuando volvía a entrar al colegio después del verano, era divertido y hasta me daban ganas de volver a clases, probarse el uniforme, comprar los cuadernos, toda esa tontería que le ponía los nervios de punta a mi madre. Sabía que estarían el Lucho, Carlos, Miguelito, hasta echaba de menos a los pesados de Elias y Esteban con quienes terminaríamos a puñetes y con anotaciones negativas. Era un colegio de hombres y de curas. Nos enseñaban de Jesús y Jesús me caía bien, hasta que mi padre me decía lo de la ingeniería comercial y yo no entendía nada. Jesús era lo menos cercano a un economista que se me podía ocurrir y por eso justamente me caía bien. Hasta bueno para el fútbol me lo imaginaba. Deben haber tenido un equipo formidable con los apóstoles. Claro que como los evangelios los escribieron para los viejos no podían poner esas cosas. Yo creo que Jesús era el centrodelantero, o e! armador de. juego, o, por lo menos el entrenador. Jugaban hasta sobre la superficie de las aguas. Y seguro que cantaban también, así como un coro de negros, con mucho ritmo. El del autogol fue Judas, cierto, aunque no entiendo por qué el mismo Jesús le ordenó chutear en contra. Algún lobotomizado

borró todo eso de la verdadera historia de Jesús. Ahora resulta que sería ingeniero comercial.

En Santiago me pusieron en un liceo, el mismo donde hacía citas mi madre. Se supone que teníamos que ajustarnos y yo me preguntaba cómo vivíamos antes. «Teníamos más plata», decía Claudia. Mi padre nos llamaba por teléfono. A veces indiferente, a veces llorando, yo creo que un poco bebido y otras ni nos llamaba. La primera vez que salí con él, me dijo que no era ninguna vergüenza estudiar en un liceo y que él mismo había estudiado en el mejor liceo de Valparaíso. Me dijo: «Si sacas buenas notas y estudias bien, a lo mejor te podemos cambiar al Instituto Nacional. Es un liceo del Estado donde van todos los que quieren ser alguien y no tienen cómo pagar un colegio privado». Yo los conozco, un montón de engreídos. «Pero tienes que ser el mejor». La frase famosa. Cuando entendí lo que era un epitafio pensé en ponérsela sobre la lápida. Hasta entonces lo imaginaba en su lecho de muerte diciéndome como sus últimas palabras: «Tienes que ser el mejor» y yo tan o más viejo que él, diciéndole: «Sí, papá, sí, papá». ¿Por qué no puedo ser más o menos? ¿Lo justo y necesario para ser feliz? ¿Y leer? ¿Y contar cuentos? Los del Instituto Nacional se creen los mejores. Todos podemos ser mejores. Es cosa de estar a salvo cuando viene la ballena blanca.

Cada vez que llegaba a cualquier parte sentía la cantinela de mi padre: «Tienes que ser el mejor», y de

puro acordarme me daba timidez. El jardín infantil, las primeras veces que jugué al fútbol, siempre. Cuando no me importó, dije que me daba lo mismo y era más cómodo. «Voy a ser yo mismo, no más», pensé. «Yo soy Ismael y soy un sobreviviente». «También soy Moby Dick, la ballena blanca, la invencible». Nunca me lo he podido creer del todo pero algún día que convenceré, espero. Quiero ser invencible. Dentro de mi cabeza me lo repito. Ismael, Ismael, eres invencible. Pero me da rabia, eso es justamente lo que quiere mi padre de mí. Yo quiero ser yo mismo, nada más.

El primer amigo que hice en el liceo, Ramón, al que todos molestaban por el nombre, «jamón, jabón, mamón», esas tonterías, me dijo que cuando sus padres lo exigían a él le venían ganas de ponerse a llorar. Yo le conté lo del Instituto Nacional y le dije que mi papá me daba pica cuando me decía esas cosas y me daban ganas de ser el peor. Nos reímos pensando en ser trashers y fumar marihuana y dejarnos el pelo como Bob Marley y ponernos aros en la nariz. «Viejos de mierda», dije yo. Y Ramón se quedó callado. «Yo tampoco hablo mucho de esto», le dije. Creo que ahí le conté lo de la pirula y él me preguntó si tenía pendejos. «Pelos», me dijo, «pelos en la pirula»,. «No», le dije yo, «todavía no». Aunque en realidad era mentira. Tenía unos pocos pelos. No quería compararlos ni nada de eso. Hay cosas que uno no puede andar mostrando tanto. Hay cosas de las que no me gusta hablar con amigos que conozco poco

El colegio, de verdad, me apretó el estómago como un puño. Como la primera vez, corto de genio, tímido, cuando era niño y mi padre me llevó a clases y me dejó cantando un himno que yo no sabía y de repente no lo vi más entre la gente y me puse a llorar como un bendito. Cuando le conté a mi tío Juan, me dijo que la infancia era como un país extraño. El himno nacional era de los grandes, de los que ya se habían lobotomizado. Ahora estaba de nuevo exiliado. Y me dolía el estómago. Como a Ramón, solo que yo puse cara de Mel Gibson.

.. Era, encima, un colegio mixto. Nunca había tenido compañeras. Casi no tenía vecinas, menos amigas. Todas las compañeras eran más altas que yo y había algunas que ya tenían tetas. Es una ventaja tener una hermana porque te calienta menos ver la ropa interior, ya las conoces como son por debajo y eso, pero igual era raro. La mitad del curso tenía fierros en los dientes. Yo sabía, por lo menos, que la separación de mis padres, por tener poca plata, me salvaría aún de tener esos fierros.

Los profesores tenían a veces más cara de cansados pero había uno genial que contaba la historia de Chile como si fuera un país de verdad, uno que yo conociese, no el de mi niñez, ni este raro en que me habían metido. Uno que era como una aventura en barco o en globo o en una diligencia. La gimnasia se hacía en el patio y ni pensar en competencias. Echaba de menos el fútbol en la hierba y una cancha de básquetbol. Creo que me aburrí en

todo. El campo de fuerza me ponía a pensar en cualquier cosa menos en las clases. La escafandra la tenía encendida casi todo el tiempo imaginándome el mar, la ballena, supongo que navegaba bajo el agua, oía historias, secretos de tesoros hundidos, el sonido lejano de canciones de piratas.

Encima se agregó lo de los matones. Eran tres pesados todoterreno, de peso pesado pesado, de esos que no tienes palabras para describirlos. Les puse Ba, Be y Bu y no pienso ponerles ni siquiera nombres. A mí y a Ramón les dio por llamarnos maricones delante del curso. Yo me puse Mel, invencible como una ballena blanca, para pegarles, pero eran siempre más duros. Ramón no ayudaba nada y terminé en el suelo. Me robaban la comida y yo protesté delante de mi profesor jefe, pero no hubo caso. Me dijo algo como «son cosas de hombres», «defiéndete» o «ya se les pasará». Nada que me ayudara mucho. Típico síntoma del lóbulo menos: «Son cosas de la edad».

Ba, Be y Bu no perdían oportunidad de molestar a Ramón, yo me metía a defenderlo hasta que me daban con todo. No tendría importancia pero se empezaron a reír las niñas. «Mariquita, mariquita», decían cuando lloraba. Yo lloré una sola vez. Estaba Ramón en el suelo, tomé de los brazos al desgraciado de Bu para que no lo pateara y Ba y Be me inmovilizaron para que Bu me diera puñetazos en el vientre. Me dolió mucho, mucho. Lloré. Lloré como hombre. No dije siquiera una mala

palabra. «Abusadores», les grité, «sádicos, acomplexados», a voz en cuello. Me pegaron más por hablar raro. «Siempre hablo así», les dije. Escupí sangre.

«Hablas como un maricón», me insultaron. «Mariquita, mariquita», gritaban todos. Tomé a Ramón que tenía sangre de narices y lo llevé a lavarse. Todos gritaban «a Ismael le gusta Ramón» y cosas así, «Ismaela», «Ramona». «No le digas nada a mi papá», me dijo Ramón. «No, no», le dije, nada ni a sus papás ni a los míos. Ni a Claudia. Ni a nadie. Se me revolvían los intestinos cada vez que iba al colegio. A Ramón le dije: «Que no nos pillen separados» y andábamos en guardia. Más risas. «¿Están pololeando?» Yo activaba mi campo de fuerza. Le trataba de enseñar a Ramón pero él igual pasaba enfermo o no venía a clases una vez por semana. Cuando yo andaba solo me decían otras cosas «¿Y tu perrito?».

Tuve pésimas notas en la primera entrega y mi madre me preguntó qué me pasaba. «Siempre fuiste un buen alumno, Ismael».

Pensé en decirle algo como «no tengo ganas de vivir» pero lo cambié por «echo de menos la playa». No quería ponerla nerviosa y eso también era cierto. Santiago es horrible, está lleno de polvo y parece que quien dibujó las calles era un sadomasoquista (otra palabra que me hizo famoso).

Mi tío Juan me preguntó en su biblioteca cómo me ayudaba. A él le dije la verdad.

—Estoy como si se hubiera hundido todo —le conté.

—Pues es verdad —me dijo—. Pero eres fuerte. Cualquier cosa que hagas hazla con esa fuerza. La llevas en la sangre.

—Estás hablando como mi papá. Quiere que gane en todo. Quiero que me cambien de colegio. En realidad, no iría más al liceo, de verdad, nunca más.

—Tú vas a cambiar ese colegio —dijo mi tío Juan y se acercó a mí tan cerca que me dio miedo que fuera marica de verdad y yo también.

—Te tienen miedo —me susurró—. Miedo y envidia.

Puse cara de pán. Así dice que me pongo cuando no entiendo nada.

—Tu amigo Ramón tiene demasiado miedo. Por eso lo vencen. Esos mocetones son como los perros. Huelen el miedo. Pero también se asustan de quien es más grande y se dieron cuenta de que tú eres el más grande. Tratan de asustarte. Necesitan que seas menos que ellos. Que tengas peores notas, que te vaya mal, que te amargues. Esa pena que tienes es rabia. Tienes mucha rabia.

—Tengo ganas de morirme —mascullé, duro, como un ladrido.

—Tienes ganas de matarlos —se rió mi tío Juan— y quizás también a tu madre que no se ha podido poner en pie y quizás a tu padre que tampoco te ha apoyado y

quizás a mí que no sé nada de puñetes ni deportes ni mujeres.

—¿Qué tienen que ver las mujeres? —le dije, totalmente mosqueado.

---Mucho, están a punto de tener mucho que ver, son la causa de todo, ¿o no has leído las novelas que te he prestado?

A mí las mujeres me resultaban una molestia. En las películas encontraba una auténtica bobada del héroe andarlás salvando, siempre se caían al barro, se les torcía un pie o metían la nariz donde no debían. La única que me caía bien era la piloto de *Alien*, que era valiente. Así hubiera querido que fuese mi madre. Piloto de una nave interestelar, se hubiera cargado al monstruo que se comió a mi familia. Esas eran mujeres.

—No tienes que matar a nadie, Ismael, basta que te concentres, que te serenes, que te oigas. Estás cambiando y tu alma se llenará de nuevas armas.

Encontré que mi tío hablaba como el Yoda de la *Guerra de las Galaxias* y eso me parecía de muñequitos. Yo quería tener armas, aprender karate o tener un grupo *dark*. Todos eran sospechosos de tener un lóbulo menos.

Yo había decidido no hablarle a nadie.

«No te creo, tío», dije, me levanté* y me fui. Y hasta di un portazo. De esos que sacaban de quicio a mi padre y por los cuales alguna vez me pegó. Mi tío no hizo nada. Lo vi por la ventana. Se quedó en la biblioteca, leyendo. Como si yo hubiera hecho algo

bien. O como si no le importara. Yo no sabía que esas dos cosas se parecen mucho y que es fundamental saber la diferencia.

Había decidido no hablarle a nadie. Ni tomar en cuenta a nadie. Ni ser considerado ni amable.

A mi padre le extraje el contrabajo eléctrico. Fue casi un robo, lo manipulé. Después tendría sentimientos de culpa, pero se pasan. Yo sé que no es bueno que se pasen tan fácilmente pero eran días de mucha rabia. Soñaba aún con la ballena, despertaba en medio de la noche sintiendo que me ahogaba. No llamaba a mi madre porque había decidido dejar de ser hijo.

Era de esos días que mi padre andaba culposo, le habían hablado de que yo estaba en las últimas y me miraba con cara de ¿qué-puedo-hacer-por-ti?

Andaba apurado porque se iba de viaje con su novia separada y cruzamos por un pasaje comercial donde vendían instrumentos musicales. Él mismo empezó con el tema. Que yo necesitaba expresarme, que por qué no volvía a tocar guitarra. Yo le dije que no, que quería un bajo. Y había uno pagable, con amplificador y todo. «Es más barato que un psicólogo», le dije.

Soy un manipulador.

Mi padre tiene dos caras, como Jano, que era un dios con una cara por un lado y otra al reverso, igual que una moneda. Ya nadie cree en él a pesar de ser lo más cierto que puede haber. Quizás todos tenemos dos caras, pero nadie como mi padre. Cuando me viene a buscar

puede ser la cara dura, el inflexible, el estricto, viene a retarme aunque yo me haya portado bien y las notas no sean el desastre que eran en esos tiempos o viene con la cara de bueno, de culpable de todo y me habla de Dios como si Dios tuviese un látigo y él estuviese a cargo de todos los pecados del mundo, poniendo su espalda para recibir todos los azotes de la tierra. Yo deduzco que uno será el ingeniero comercial y otro el católico, pero lo que a mí no me gusta es tener dos caras. Cuando alguien me dice que ser adulto es algo así, me dan ganas de ser como era para siempre, aunque se me caigan los pelos de la pirula y tenga rostro de niño toda la vida. Ser niño pero no ser hijo, una cara nada más.

Ese día mi padre andaba con cara de católico y yo con cara de amargado. Tal para cual. Vio el bajo y sé que tragó saliva. Que era muy caro, que en esta época del año, que si le prometía no bajar más las notas (lo que era facilísimo, no había notas peores). Yo no le contesté nada. Sabía perfectamente que estábamos en aprietos pero yo no tenía la culpa. Sentía que me lo tenían que pagar. Y caro. Mi padre sacaba cuentas. Los adultos hablan solos muy a menudo.

Damián, del que aún no he dicho nada, me diría siempre que no había que discutir con ellos. Mirarlos a los ojos y saber si podían cambiar o no de opinión. Si se enfurecían y gritaban, después les venía la culpa y daban todo. Si no les venía la culpa había que arrancarse de casa. Esos no eran adultos, sino bestias. Y él había

conocido niños con padres-bestias. «Esos ni siquiera quieren que seas católico. Te dejan el ojo morado igual, te sacan un diente igual. Te portes bien o te portes mal. Son peores que los animales. Están locos». Damián, del que no he hablado todavía (la mañana de la compra del bajo él ya tocaba guitarra distorsionada y me mostraría poco después el garaje donde ensayaríamos), me dijo siempre que todos los niños vagabundos eran los hijos de los locos que huían de ellos.

Mi padre hizo varios cheques y yo salí con el bajo. Hubo una trifulca con mi madre por teléfono. Ella lo trató de consumista y de que yo terminaría drogadicto. Yo sacaba unos arreglos de Deep Purple, viejos, de los tiempos de mi padre, de cuando se hizo el mejor rocanrol del mundo aunque dice que él no se fijaba en esas cosas. Es uno de los peores argumentos en su contra. Nadie puede haber vivido el mejor rocanrol e ignorarlo. No puedo creer en alguien así, eso me daba algo de tristeza. No creer en mi padre. *Smoke on the water*. No conoce esa canción. La toco y no la reconoce. La pongo a todo volumen y cree que es una canción de la radio.

—No —me dijo—. No la he escuchado. ¿Es de esas cosas modernas?

—Es más viejo que tú —le contesté.

—No puede ser, no puede ser.

Les digo yo, mi padre no conoce a Eric Clapton.

Damián apareció en mi vida justo después del primer trimestre de notas fétidas, regaños caseros, amenazas de drogadicción y el consumo de nuevos calmantes de mi madre y sentimientos de culpa de mi padre. Quizás no pensé bien lo del bajo y debí ser más considerado. Ya le había pegado un portazo a mi tío por hablarme como Yoda y Claudia era lo que más se parecía a una amiga pero era mi hermana mayor y trabajaba hasta no sé qué hora donde mi tío Manuel. No la veía nunca y creo que eso también me daba pena.

Nunca se lo dije a Damián. Damián era arrogante pero tranquilo, de esos que no te enteras que existen, que están siempre mordiendo un palito y la profesora le está diciendo: «Martínez, deje de morder ese palito» y se lo quitan y saca otro. Yo me imaginaba los bolsillos llenos de palitos. «Mondadiente», me corrigió una vez. Me contó que sus abuelos eran españoles anarquistas y sus padres argentinos. «Nadie nos va a mandar nunca», me dijo la primera vez. Creo que fue el último lío con Ba, Be y Bu. Damián, que no se metía nunca, se sumó a Ramón y a mi triste estatura y los Tres Cerditos (así también les decía) se quedaron tiesos. Damián no es muy grande pero impone respeto. Sabe algo que todos sentimos que deberíamos saber. Es el poder, hablamos una vez, saber es poder. Hay que saber siempre más que el resto. Siempre, siempre. Y mascaba su mondadiente. Yo pensé que nadie, nunca, le sacaría un lóbulo a alguien como Damián.

«Soy anarquista y argentino. Mi padre se llamaba Servet por Miguel Servet. Descubrió cómo funcionaba la circulación de la sangre y la Inquisición católica —yo pensé en mi padre— lo quemó por hereje. En los juicios le pusieron en la boca un aparato que le atravesaba el paladar para que no pudiese dar ni una respuesta». Vivía con su madre y tenía sus mismos ojos claros. Se declaraba internacional y apátrida (yo tuve que anotar esa palabra), no tenía otra bandera que el coraje ni otra consigna que la libertad. Así hablaba. Yo me puse como incómodo cuando lo conocí porque Damián era bonito. Bonito como una mujer. Y a mí me dio susto ser como el tío Juan y temí que ser amigo de Ramón o Damián fuera la prueba irrefutable (otro regalo de mis enciclopedias) de mi mariconería. O era eso o había encontrado mi secreta secta de magos. El saber que es poder. También eso era cosa de libros. La ballena blanca era invencible porque venía de otro mundo.

Era esa misma mirada la que imponía respeto. Flaco, siempre con el pelo más largo que lo permitido, con un aro que se ponía en cuanto cruzábamos la puerta del colegio, Damián era magnético. Se puso delante de los Tres Cerditos y les dijo apuntándoles con el dedo como si friera una pistola y tuviese otra colgando al cinto: «Ustedes no tocan más a mis amigos». Y era como si dejáramos de ser los mariquitas del curso. Súbitamente. Creo que Ba, o Be, o Bu, trataron de tener una risa idiota. Yo me acordé del miedo de que me

hablaba mi tío Juan. Y de mi fuerza, la que yo no me podía ver.

«Lo veremos en el campeonato de futbolito», dijo Be, creo. ¿Fútbol?, pensé. Soy bastante bueno, pero Ramón no da una y a Damián no me lo imagino jugando. Eso me volvió a dar miedo aunque lo del futbolito no era en ese momento nada de importante. Damián era la lección del día^

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté.

—Porque tú no eres ningún poca cosa, ni cobarde ni marica —dijo, con un mondadientes en la boca que iba de un lado para otro.

Su sentencia era como una bendición.

—¿Y Ramón?

—Ramón es un buen tipo, pero el que me interesa eres tú.

Yo de nuevo me sentí raro. Como que le gustaba, eso.

No le pregunté por qué. Puse cara de ¿por qué?

—Porque eres mucho más inteligente que toda esa manada de imbéciles, porque tampoco tienes padre y porque no andas a puñetes con el resto del curso. Hablas como yo y te apuesto a que lees.

—Sí, leo —eso dije.

—¿Leíste *Moby Dick*? —preguntó, nada menos—. ¿*El corazón de las tinieblas*? ¿*La ciudad y los perros*? ¿*Con el diablo en el cuerpo*? ¿*En el camino*? ¿*Neuromante*? ¿*Demian*? ¿*La conjura de los necios*?

Yo me reí. Damián era peor que mi tío.

—Yo sé por qué me llamo Ismael.

—Los nombres son el destino —se rió.

Nos reímos juntos. Como que los nombres nos quedaran bien, como un traje recién hecho.

—Tú y yo tenemos que hacer un grupo rock. ¿Sabías que Ramón toca la batería?

—¿Ramón? Yo creía que era un bueno para nada —dije. Tan mal amigo. No sabía siquiera ser un amigo.

Se puso de pie y gritó a través del patio.

—¡Ramón! ¿Dónde está tu batería?

9

1

Sus padres se la habían cambiado por un mecano enorme y usado. Metía mucho ruido y fue todo un lío conseguir deshacer el trato. Todos se oponían. Ramón estaba agradecido de Damián y yo creía que el viento cambiaba la ruta de ese año cruel. El primer ensayo fue impresionante. Damián punteaba realmente bien, como Jimmy Page, lo juro, y yo lo podía seguir como de toda la vida. Cuando paramos, Ramón sudaba.

«Voy a sacar unos enormes músculos», dijo agitando las baquetas. Nunca lo había visto tan seguro de sí

mismo. Hace bien el rock para la personalidad, lo puedo asegurar.

Estábamos en el garaje del edificio de Damián y no molestábamos a nadie. Como la madre de Damián odiaba los autos («son la causa de la ruina de la civilización», nos decía, aunque también repetía la misma frase aludiendo a la televisión, los aviones, la política o el fútbol) no ocupaba su plaza de estacionamiento subterráneo y encontraba que lo más parecido a la revolución anarquista era el rocanrol. «Solo les prohibo que sean famosos y den entrevistas estúpidas en las revistas», decía, con un acento rarísimo, mezcla de catalán y porteño. Era muy mayor y se veía que adoraba a Damián como al último hijo posible.

*

«Ahora nos falta un bajo», dijo Damián. Nadie lo había discutido pero era el líder. Él traía las cintas, los nombres de grupos que nadie más conocía: Burzum, Ulver, Emperor, Dark Throne, Myhem, The Abyss, At the Gates, Dissection, Devil Doll. No sabía ni sé mucho inglés pero entendía lo suficiente. Música para poner los pelos de punta. Gutural de verdadera gruta. Del fondo del mar, cantos de ballena enfurecida.

Ramón quería que le pusiéramos nombre al grupo y, por supuesto, que fuésemos famosos y nos hicieran entrevistas tontas y salir en la tele y, vamos, sexo, drogas y rocanrol. Damián dijo que no. «El grupo no existe. ¿Dónde está el contrabajo? ¿Alguno de ustedes conoce un bajista?».

Yo me puse celoso. Yo era la segunda guitarra. Levanté la mano. «Yo puedo tocar el bajo».

«¿Pero, acaso tienes un bajo?». Creo que lo dijeron los dos al unísono.

Todo se da junto, para bien o para mal. En algún libro, mi tío Juan me leyó algo sobre la fortuna y la desgracia siempre entrelazadas. Era un libro oriental. Otra vez me arrojó las monedas del *I Chingy* me explicó la diferencia entre táctica y estrategia. Yo lo único que quería era que conociera a Damián. Eran las únicas dos personas que decían cosas que yo no entendía y no me hacían sentirme idiota. El invierno no lo permitió. Fue lo primero que se opuso. Mi tío, que trabajaba leyendo, huía de todo lo que se pareciese al frío y se mudaba hacia un mar más soleado en cuanto comenzaban las heladas de Santiago y la contaminación se empantanaba como un cielo de piedra.

El grupo tocaba todos los fines de semana. Cuando discutimos el nombre, Ramón quería ponerle algo como Torturadores o Macabro o Perros Rabiosos, pero Damián lo miró severamente: «con la muerte no se hacen bromas, me gusta esta música pero prefiero sacar a los muertos de sus tumbas que convocar demonios»,

dijo, «tengo mis razones». Mucho tiempo después, mucho, sabría qué le había pasado a su padre. Y a un hermano mayor que no conoció. En ese momento nos limitamos a quedarnos pensando.

Pequod, sugerí yo, nombrando el barco que intentó cazar a la ballena blanca. «No, Moby Dick, el monstruo que no se deja cazar», se decidió Damián.

De alguna manera eso nos puso contentos a todos. Tocar en un grupo con nombre y todo puede hacerte hasta innecesaria la escafandra. La música es el mejor campo de fuerza y hasta mi tío Juan me lo reconocía. Claro, él prefería Mozart y encontraba todo lo que venía después «una variante del ruido», tal como Damián decía que «el rock había muerto en los años 80», pero a la hora de la guitarra, el bajo y la batería, no había más que un solo espacio de éxtasis. Era como ser un ángel, pensaba para mis adentros, un mago, tener un poder único. Mientras más hábiles los dedos, mejor, mientras más difícil, mejor. La cabeza se me llenaba de ideas pero buenas, limpias, como que hubieran abierto las ventanas dentro de mi cuerpo.

Era como leer también. Escribía las letras, rugía yo o Damián. Rugidos, guturales, profundos, del fondo del abismo. De cantar nada, gruñir, voces ásperas, salíamos de las tumbas. Sueños, pesadillas. Se me pasaba todo, el miedo, la pena, la rabia, cada vez que tocábamos. Empecé a estudiar, lo aseguro, gracias a ese alivio. Todo se me volvía música. La historia de Occidente era rock pesado en las clases del Zorro, como le pusimos al maestro. Y rock sensual, en las clases de Eva, que tenía un enorme y durísimo trasero. Yo todavía no descubría bien por qué la miraban tanto. Pero mi tío Juan me lo

había anunciado. Para mí el rock era el culo de la señorita Eva y toda la historia del mundo. Hasta las matemáticas me parecieron más divertidas cuando Damián me dijo que la música y las matemáticas eran «el verdadero idioma universal».

Creo que Moby Dick, el grupo, me hizo mucho mejor que el psicólogo pero mi madre pensaba lo contrario. Siempre las madres piensan lo contrario. El miedo, supongo, debe ser una secuela de la lobotomización. Cuidado con esto, cuidado con eso. Pierden sus corazones valientes. Con mi tío Juan habíamos leído cómo los pueblos se hacen cobardes. Dejan que maten a los judíos y no dicen nada, dejan que persigan a los cristianos y no dicen nada, dejan que arresten a los que piensan y los envíen a morir a: Siberia y no dicen nada. «Todo tirano cuenta con los cobardes de su lado», me enseñó. Yo pienso que mi madre era injusta pero yo también la quería y no quería yo ser injusto. Ella alegaba y le explicaba. Es cuando más tiempo se pierde en un año duro. Explicando que no estás loco, que has sobrevivido.

Me empecé a vestir de negro como Damián, y Ramón también lo hizo. Una vez me puse un aro falso en la oreja al salir del colegio y la madre de Ba, que es peor que su hijo, le contó a mi madre.

La escandalera fue fenomenal. Reunión de toda la familia y yo diciendo que no había probado ni una droga, que no era raro y que estaba estudiando más. Los

adultos son lo peor, pensaba, dentro de mi escafandra que en esos días andaba llena de música, arreglos, riffs de guitarra, nombres de temas y grupos.

«Se pasa con esos amigos», gritaba mi madre. Mi padre insistía en saber si Damián era, por lo menos, católico. Yo me acordaba de la Inquisición y el nombre de su padre. ¿Qué garantizaba «ser católico»?

Mi padre y mi madre, a coro: «No es un grupo satánico ¿no?». Le dije que Iron Maiden me aburría y mi padre no entendió nada. «¿Quién es ese?». Luego vino su discurso sobre la inutilidad de la música rock como carrera, que era una vida perdida y un mundo de valores falsos. Mi madre empezó a defender el verdadero arte y la belleza de la poesía, había leído mis letras y eran amargas, el mundo no estaba terminado, no era el apocalipsis y yo no era un ángel caído. «¿De dónde sacaste eso?», decían. Como si el rocanrol fuese una carrera de cuello y corbata o lo único que importase fuera, en estos tiempos, elegir entre Dios y el Diablo. Yo sabía que el Diablo había entrado en casa y había sido a través de ellos, no por mi cuerpo. Era cosa de ver los ojos de mi padre, endemoniado.

«Es tu hermano, tu famoso Juanito», la regañaba a mi madre el soso de mi padre. «No toques a Juan», chillaba mi madre. «Tiene convertido en un loco a mi hijo», gritó, desencajado, mi padre.

«¿Nunca vamos a dejar de pelear?», pregunté y, confieso, me puse a llorar. «¿No era por esto que se

separaron? ¿Porque iba a haber menos peleas? ¿No decían que íbamos a vivir en paz? ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho de malo? ¡Me gusta el rocanrol y tengo catorce años! ¿Y si fumara de repente marihuana? ¿Eso es lo único que les importa? ¡Yo no soy el Diablo! ¡Estoy estudiando! Lo único que quieren que haga lo estoy haciendo. ¡Nadie me pregunta si cuando toco el bajo soy feliz! ¡Soy feliz! ¡Soy feliz! ¡Dejo de pensar en todo lo que ha pasado! ¡Puedo reírme un rato! ¡No voy a matar al Papa!».

Lloré mucho. Mi madre me abrazó. Justo en ese instante mi tío Juan tocó el timbre. Era una cena familiar. Todo es así, como en el teatro, como en las películas: el momento equivocado.

«Es tu culpa, cabrón», le dijo a mi tío Juan el estúpido de mi padre cuando lo vio entrar. El Diablo, en alguna parte, se reía de nosotros. Y Dios se quedaba mudo.

Claudia, que no había dicho nada, abofeteó de nuevo a mi padre. A mí se me movió todo en el cerebro, el pasado, el presente, fue un largo y distorsionado rugir de la guitarra, como un trueno. Se quedaron todos mudos. Mi tío dijo que se iba, mi madre le dijo que no. Mi padre se puso a llorar de a poco, como se desmorona un castillo de arena, de esos que tantos hice con él cuando era niño.

Fue largo, tenso, áspero. Esa noche, cuando ya habíamos cenado, cuando mi padre ya se había

marchado pidiendo perdón y se nos soltó algo el estómago para cenar, casi nada, cuando mi mamá dejó de llorar en los brazos de mi tío Juan y yo pensé que hubiera sido mejor tener un papá mezclado entre mi tío Juan y mi papá con su cara católica, cuando Claudia me abrazó mucho en mi pieza y me pidió que juráramos nunca pelear así cuando tuviéramos una pareja, una novia o un matrimonio, ahí fue que compuse la primera canción lenta, con una base de puro contrabajo y que Damián me dijo que era genial: *Una lágrima negra*, que se decía *A Black Tear*, porque el inglés, yo pensaba, sonaba mejor en el rock. Ahora pienso al revés. Y cuando toco *Una lágrima negra*, la cantamos en español. Y ya no toco con Damian

No he hablado de Daniela porque ahí sí que se armaba un lío. Me han pasado demasiadas cosas y no puedo contarlas todas al mismo tiempo. Quizás eso sea lo malo de leer comparado con la música. Anoté este tema para discutirlo con mi tío Juan. En la música varias voces pueden armar un acorde, en el diario de vida un embrollo. Él me diría que no siempre y me

mostraría escritores que hacían «corales» y esas cosas, pero yo lo que quiero es contar de manera más o menos entendible el año de la ballena blanca. Imagínense, soy un sobreviviente, boqueo en el piso del bote, ahogado y encima me pongo a hacer corales. No, primero mis padres, después Damián, ahora Daniela. Y después tengo que hablar de Anahí y lo que alcance de todo lo de después, pero quiero llevar un orden. Mi tío y mi padre, cada uno a su manera, me han enseñado que no hay que irse por las ramas cuando se cuenta un cuento (por supuesto, mi tío diciendo: «pero hay excepciones...»). Mi madre dice que, al revés, irse un poco por las ramas seduce (esa es de las palabras que usa ella) al lector o a los amigos de uno. Yo creo que da un poco la lata así que por eso voy de a poco. Ahora le toca a Daniela.

Daniela es una compañera de clase que yo no veía hasta que la vi. Tengo un montón, ya les dije, con tetas y todo pero solo en plan amigas y menos porque se reían Ba, Be y Bu si me ponía a conversar con ellas. O sea, yo era mariquita o me gustaban y era igual de ridículo: me daba rabia o bochorno, no sé por qué, pero igual no había que hacerlo ya por ser cosas de hombres mayores o de maricones. Se reían o por una o por otra causa. Todo les daba risa a ese trío. Quizás eran lobotomizados precoces. O infiltrados de los carniceros, los cortacerebros. Según Damián, eran

apenas víctimas. «Están perdidos, siempre están perdidos», y mordía su mondadiente.

Daniela. Tengo que tomar aire para seguir escribiendo. Un día la vi. Digo la vi, pero no es una cosa de ojos. Es como que la vi igual que la noche de *Una lágrima negra*, como de la noche me vino la luna, el sol, la vi y dije para mí: «Es la mujer más linda del mundo, se pasó, ¿dónde estaba antes?», y me dio una corriente en el cuerpo parecida a la de los ojos de Damián, pero yo sabía que esta vez no era lo mismo. Me vino un estremecimiento de timidez como los de Ramón multiplicado por ochocientos y una vergüenza como si todo el patio del liceo me estuviera mirando, al mismo tiempo que el coraje de Mel Gibson, el personaje, no el actor. Entiendo perfectamente la diferencia.

Daniela estaba arreglándose el pelo dentro de la capucha de su abrigo azul, así, castaño oscuro, con los ojos iguales, castaños y la piel limpia, como la de los avisos de cremas y miró hacia el techo porque no se le arreglaba bien el peine o el elástico o la goma o lo que sea que se ponía para hacerse una cola de caballo. Cuando uno está así las palabras se van de la cabeza. Se te abre el corazón como jaula y quedas bobo. Durante un rato sin cerebro, el puro corazón que late.

—Ayúdame —me dijo.¹

No sé cómo hice para que no se me cayeran los cuadernos. El mundo se aceleró al mismo tiempo que se frenó totalmente. Todo sucedía a un ritmo vertiginoso

pero también en cámara lenta, cuadro a cuadro. Dejé mis cosas en un banco en la sala y volví donde ella. Creo que le dije «espérame un rato», lo he olvidado, y puse mis dedos entre su pelo. No sé qué hizo con ellos pero la cok de caballo quedó perfecta. Olí su cuello. Nunca había olido el cuello de nadie, creo, desde que era un niño pequeño y me gustaba oler a mamá. Esto no tenía nada que ver.

—Eres un amor, gracias —me dijo.

Ahí creo que me enamoré por primera vez: es lo más parecido a que se te llene la cabeza de ideas o te metas en la música como en un remolino de mar o te pase la corriente eléctrica por el cuerpo y te creas un ángel o por lo menos un dios menor. Me sentí torpe, genial, idiota, maravilloso, perfecto, diminuto, todo al mismo tiempo. Y además sentí una profunda vergüenza de que se me notara.

—¿Isma? ¿Qué té pasa? —esa es la voz de Anahí, no he hablado todavía de ella, es como una amiga, tiene los ojos rasgados y es hija de un coreano que se enamoró de una chilena. Es pequeña y amable. Buena persona. Me dice Isma y no está mal. Mel es mi nombre de guerrero. Isma mi nombre de paz. El que usan conmigo las chicas del curso. Antes lo odiaba. Isma terminaba en «a», como de mujer. Ahora me parecía dulce. Soy Isma también. Se puede ser Mel y también Isma.

«Estoy enamorado», pensé. La miré y pensé en decírselo. A Anahí se le pueden contar esas cosas. Ella no se va a reír de ti, nunca.

—Nada —le dije, que es lo que todos decimos cuando nos pasa algo que no podemos explicar. Eso ya lo aprendí en la vida. A pesar de que tengo pocos años me han tocado cursos intensivos.

—No me pasa nada, Ni —le dije, porque yo le digo Ni. Yo creo que nadie se llama por su nombre en el curso. Menos ella, Daniela, mi amor, Daniela, mi vida, la diosa de los ojos de ciervo. Creo que yo era el único que le decía Daniela, dentro mío, así como de coro de iglesia, de catedral, de rock sinfónico. Danieeeeeela. Como de alta mar. Le dicen Dani o Danita. Yo escuchaba el bramido: Danieeeeeela. Iba a ser igual que una ballena blanca, claro. Y yo igual que el capitán Ajab, el loco que murió por perseguirla. Pero eso vendría más adelante. Yo me había enamorado. Un rayo del cielo había caído sobre mi cabeza. Lo puse en una canción del grupo. El rayo del cielo. «Un relámpago, mejor», me dijo Damián. Yo me quedé callado. Ya estaba harto de truenos y relámpagos. Esto era otra cosa. Un dedo de Dios. De esos de los atardeceres, de las puestas de sol entre las nubes medio rosadas. De esto no conté nada, el amor es privado, siempre es un secreto, un tesoro submarino.

Esa misma tarde, estoy seguro, me salieron los pelos en el pubis, me creció la pirula y empecé a echar

un olor fatal en las axilas. El mismo día en que comprendí que el culo de la señorita Eva era de exposición mundial. Lo aplaudimos todos cuando pasó por el patio y corrimos a escondernos. Damián se reía. Hasta los Tres Cerditos y Ramón. ¡Eso es un culo! Y yo sabía lo que estábamos pensando. Mi cuerpo estaba pensando por mí. La tenía dura. Y eso era divertido, también.

Se me enredaba con Daniela. ¿Le miraba también a Daniela el culo? No, a ella nunca le miraría el culo, nunca le tocaría las tetas. Nunca pensaría en ella al masturbarme. La señorita Eva era otra cosa. Era un culo con una señorita puesta. Daniela era un ángel. Cuando me veía lanzar estremecido esa blanca leche que le sale a uno pensaba en los hijos que dejaba de tener con ella. ¿Cuántos? ¿Ingenieros comerciales? ¿Médicos? ¿Artistas? ¿Tristes payasos de circo? ¿Idiotas? ¿Asesinos? ¿Una Miss Chile? ¿Un grupo de rock? ¿Anarquistas? ¿Católicos? ¿Policías? ¿Profesores de castellano? ¿Empleados bancarios? No, el amor era mucho más que eso. La fecundación y el sexo no tenían nada que ver. Ella era mi ciervo, o yo y ella mi Diana cazadora. A ella le escribiría canciones. Y no se las mostraría nunca a nadie.

Creo que he traicionado poco a poco todos estos juramentos. Eso será lo que llaman ser adultos. Perder la sensación de un mundo atesorable. No volver nunca más a ver bajo el agua. Quizás en sueños, nos arrancan el

lóbulo de la imaginación, de las pasiones. Y no me gusta.

12

Fue así, enamorado, con la familia peleada, con mejores notas, sin profesores particulares sino que apiadado de mi madre, totalmente mareado entre tanto sentimiento nuevo, que anunciaron la programación del fútbol. A decir verdad, pasaron, para variar, muchas cosas al mismo tiempo. Las pongo en este orden por importancia o porque se me viene en gana. El fútbol me gusta de toda la vida. O sea, desde que me acuerdo, es el mejor recuerdo de mi padre. Me enseñó a jugar y solo se cabreó cuando le dije que cuando grande quería ser futbolista. Yo tenía diez años y era bueno, él me dijo que yo lo que tenía que hacer era estudiar. Supongo que esa fue su primera traición como padre, que quería que me hiciera hombre. Algo así. No era una buena «carrera». Pero eso pasó antes del año de la ballena blanca. Al mismo tiempo de lo de Daniela avisaron del Campeonato de Futbolito en el liceo. Con mayúscula, muy importante. Pero es que no caben tantas cosas en la cabeza. Yo ya la tenía llena de ruidos nuevos, estrellas,

cometas, caracolas marinas, castillos con los pendones flameando, barcos al garete, un náufrago diciendo mi nombre.

Además por eso tampoco he hablado de Leo y Teo. No solo sus nombres me parecieron ridículos sino todo en ellos era como para morir de risa. Absolutamente morenos, los fierros en los dientes, las ojeras día y noche, las orejas. ¡Qué enormes y fantásticas orejas! Sus cabezas parecían esas enormes copas mundiales que levantan los campeones: un cuerpo central con dos asas anchas. Leo tenía mi edad y Teo era un año menor. Sus nombres eran horribles, Leónidas y Teofrasto, y no me lo confesaron hasta fines de año. Y eran de campeonato.

Resultaron ser los hijos de la novia separada católica de mi también separado y católico padre, y me los presentó en esos días en que me compró el bajo. Cuando a uno el padre le compra algo así uno también se siente culpable y hasta acepta salir al cine y a comerse una hamburguesa y pasearse por un centro comercial con los hijos de la novia separada del padre separado de uno. A ninguno de ese par le gustaba la música rock de verdad y de lo único que hablaban era de fútbol y televisión. Por supuesto los tres éramos fanáticos de equipos distintos y ellos se reían de mí porque yo era hincha del Wanderers que significa «vagabundos» y era el equipo de mi padre y de mi abuelo que se murió de un infarto mirando el mar en la terraza de su departamento en el puerto donde

crecí antes del horrible Santiago. Es raro, a mí lo que se me hundió es el mar: tema para un canción.

Teo y Leo también eran de otra ciudad y andaban buscando colegio donde ponerlos en Santiago. Ellos eran del Norte. Se les había hundido el desierto. Yo me imaginaba una ciudad seca y aburrida y cuando me mostraron las fotos era efectivamente una ciudad seca y aburrida. Lo único que se podía hacer era jugar fútbol y ver televisión. Yo siempre estaba a punto de preguntarles si todo el mundo tenía en ese sitio las orejas de ese porte.

Como mis notas habían mejorado, me habían devuelto el bajo y el playstation y volvía a tocar con Damián.

Un sábado que regresaba de los ensayos vi a mi madre con mi padre y la novia separada de mi padre separado conversando delante del centro comercial. Yo venía en el microbús con mi bajo, orgulloso, pensando en Daniela, haciendo canciones. Olvidándome, debo decir, que empezaba el Campeonato de Futbolito. Los Tres Cerditos habían armado un equipo poderoso y se habían reforzado con lo mejor del curso. Damián, Ramón y yo podíamos contar con Peter (Péter, que es alemán y no gringo) un rucio cabeza blanca que se manejaba bien con las manos en el arco. Tribilín, un posible lateral a veces hábil, como yo, y el Benja, el menor del curso que sabía qué hacer pero cualquiera lo daba vuelta de un solo

empujón. Los reservas, un equipo para la risa, como de dibujos animados.

Me quedé mirándolos a los tres sin entender nada. La inmensa bondad de mi madre, al límite con la tontería, parecía ponerla tan pero tan buena persona que daban ganas de pegarle. ¿No seguía enamorada de mi padre? No, cuando yo me casara con Daniela no aguantaría ni una de esas traiciones. Yo no seré así. Ella tampoco. Esas cosas me decía y me venía la rabia y necesitaba la escafandra para protegerme de esa confusión. Imaginé que si alguien me mirara me vería los ojos como las lavadoras cuando están en pleno remolino. Esas lavadoras en que me gustaba meterme cuando niño y estaban tibias y olían a limón. Ahora las cargan por arriba y no se ve nada. Yo estaba hasta la coronilla e iba a estallar, salpicaría todo, todo con lo que estuviera pasando por mi mente. Yo no veía nada.

La novia de mi padre, que se llama Josefina y es enfermera, tenía también cara de buena persona y hasta mi padre tenía cara de buena persona. Los odié mucho. Conversaban y conversaban y era tanto mi odio que creo que no me funcionó el campo de fuerza y me tuve que ir a la casa. Llegó mi hermana y le conté.

—Primero pelean y después tan amigos —di un bufido, cien bufidos, mil bufidos.

Ella me abrazó. Siempre me abraza. Le di un empujón y me solté.

—¿Vamos a vivir todos juntos ahora?

—No. Están hablando del colegio.

—¿El colegio? ¿Otra vez me van a cambiar de colegio?

—No. Van a poner a los hijos de Josefina en el colegio de la mamá?

—¿En mi liceo?

Habría matado a alguien. Llamé a Damián por teléfono y le conté. Quedamos de fundir con rayos gama a toda esa generación en nuestro próximo álbum. Ya no nos importaba no ser anarquistas. íbamos a hacer un demo, a sonar en las radios piratas y venderíamos nuestros discos en la calle. Todos eran traidores. Todos eran una bolsa de traición. No se podía confiar en ninguna persona mayor de quince años. Yo alcancé a decir «hay que pegarse un tiro a los quince» y Damián me detuvo: «Esa sí que no te la aguanto».

—Yo me drogo, yo me voy de esta casa, yo me salgo del colegio.

—Hablemos a la noche, hermano —me dijo Damián.

Entraron mi padre y mi madre juntos. No venía Josefina, lo que me puso peor. ¡Vaya hipocresía! «Ismael, Ismael» decían, como jugando a buscar al niño escondido, «tenemos que contarte algo».

—¿Qué pasa?

Yo estaba escondido debajo de la cama y desde ahí les hablé.

—Leo y Teo serán compañeros tuyos de curso —dijo mi padre y buscó el apoyo de mi madre.

—Tu mamá nos ha ayudado, como siempre es una gran mujer —se puso a sollozar. No lo podía creer, los dos sollozando. Me asomé y vi la mano de mi madre bajando hacia mi cabeza. Me acarició.

—No es culpa de nadie si a veces no puedes vivir toda la vida juntos —oí a mi madre. Los vi tomarse de la mano. Los tres, como antes, pero yo metido debajo de la cama. Pensé en Daniela. Si esto era el amor, acababa de entrar en lo más parecido a una tormenta de la que no se salía nunca. O a una lavadora.

Y lo era. A Damián le conté lo de Leo y Teo y él me cambió la cara. «Tenemos equipo», me dijo. Y yo entendí. «Nunca se sabe por dónde salta la liebre», le contesté. Me preguntó si era una frase de mi tío Juan y le dije que no, era de mi abuelo, el hincha de Wanderers, el que murió de un infarto mirando el mar. El que nunca fue marino pero vivió mirando el mar. Como yo.

Leo y Teo eran buenos para jugar fútbol. Realmente buenos. Orejones hasta lo absurdo pero en cuanto

tocaban la pelota te daba lo mismo si tenían tres cabezas o la nariz como una chirimoya. Los presenté con pudor en el único entrenamiento que hubo y la dominaron como unos maestros exquisitos mientras nos moríamos de risa de puro placer. Damián fue el de la idea de esconderlos hasta que comenzara el campeonato. «Que no lo sepan, una auténtica sorpresa». Leo y Teo se reían como idiotas, gangosos, como gritan los gansos. Los insultos de los Tres Cerditos les daban lo mismo, solo se miraban cómplices con nosotros y nos hablaban de su arma secreta, el fútbol. Ni siquiera jugaban en los recreos.

«Somos un secreto», se susurraban y se reían como pavos. Ni los Tres Cerditos entendían esa resistencia brutal a la humillación. Ni un complejo. Eran los más feos del curso pero, me doy cuenta, se sabían maravillosos. En algo oculto se sabían maravillosos. Y cuando uno descubre su maravilla secreta está a salvo de los lobotomizados de este mundo, y de todos sus carniceros dispuestos a extraerte la personalidad.

Yo no les tenía ningún buen sentimiento pero entrar al campo de juego con ellos era lo mejor que podía pasarte. No se quedaban con la pelota, te la ponían para los goles, jugaban limpio y celebraban como jugando. Los dos se paraban sobre las manos y era genial. Los negros, les decían, y a mí me daba envidia porque yo siempre quise ser negro. De esos enormes de la NBA y ser un atleta y soy lo que soy no más. Nadie es

lo que quiere, seguro. Eso de ser negro, por supuesto, jamás se lo dije a mis padres. Lo que yo quería era ser Roberto Carlos o Ronaldo o Michael Jordán. Mientras tanto, Mel Gibson. Pero el personaje, no el actor.

Fue súper fácil avanzar en el campeonato. Si no ganábamos por goleada era que los otros eran muy buenos o gente de cursos superiores que nos llevaban en fuerza. Pero ganábamos. Siempre aparecía Leo o Teo por tu izquierda o tu derecha y te la ponían para que le dieras con todo. Hice por lo menos un gol por partido, y era delicioso. Damián se ponía alto atrás, controlando el timón sobre el puente de mando, y los dejaba a todos paralizados con su mirada verde. Ramón esperaba arriba un rebote o una pelota suelta e hizo tantos goles como nunca en su vida. Tribilín tenía tiempo para darse vueltas con la pelota, protegido por las más extraordinarias orejas del mundo.

Hasta Benjamín hacía goles. Solo, en la espalda de los defensas, donde siempre lo veían Leo y Teo para lanzarle un balón colocado. Se reían, gangosos, como si la generosidad fuera igual que el color de su piel, algo natural. Eso también me daba envidia. Yo trataba de entrar al área comiéndola para lucirme pero ellos no, ellos daban una vuelta o pisaban la pelota y te la servían como que no les importara. Uno hacía el gol, no iba a ser tan imbécil. Pero yo sabía que no era mío. Ganábamos, eso era lo importante. Y ganábamos y ganábamos y ganábamos.

El equipo nuestro se llamaba MB Nostromo, una idea de Damián, de esas que no se discutían porque eran sus ideas. Leo y Teo decían que habían nombres tan raros en el mundo que por qué no ponerle PSV Nostromo o Real Nostramo o Atlético Nostramo. Al final lo inscribimos como MB Nostramo, por Moby Dick, el grupo, no la ballena, que para mí era lo más importante en la vida, después de Daniela.

Daniela, todas, iban a los partidos. Mentira. No fueron ni una vez hasta que empezó a verse que los dos mejores equipos de nuestro nivel, donde éramos los más chicos, resultaban ser los de nuestro curso. Los Monstruos, el equipo de los Tres Cerditos y compañía, y el MB Nostramo. Mi padre o Josefina se habían conseguido unas preciosas camisetas verdes en alguna liquidación de prendas en mal estado. Todas eran de un verde distinto o de un diseño diferente. Con los pantalones blancos de gimnasia nos parecíamos al Wanderers. Yo era el único que tenía una camiseta de verdad. La que me había regalado mi padre.

Daniela y las compañeras gritaban cuando entrábamos a la cancha. Sin mucho lío, imitando a las de cursos mayores que organizaban un paso o tenían plumeros de papel. Los Monstruos se vestían de azul entero. El padre de uno de ellos tenía varias botillerías y habló con la Pepsi para que los vistieran igual que ese aviso con deportistas famosos. Se veían elegantes. Hasta los Tres Cerditos parecían seres humanos.

Cuando supimos que la semifinal era con ellos fue terrible. La sala estaba llena de afiches y colores. Los verdes y los azules, totalmente divididos. Un recreo nos agarramos a puñetes entre todos, hombres y mujeres, y el profesor jefe amenazó con suspender el campeonato.

En ese clima las mujeres organizaron la primera gran fiesta para celebrar el mejor curso del liceo, el curso de los campeones. «Una fiesta de solidaridad de verdes y acules».

Yo nunca había ido a una fiesta-fiesta. Sabía bailar. Cuando ensayábamos bailaba. Pero una fiesta es otra cosa. De noche, de repente, nos juntábamos con Damián y alguna vez había tomado unas cervezas. Damián me dice, me decía, siempre, antes de las fiestas: si tomas, toma tragos buenos, cuidado con los licores blancos. Yo me reí porque esa era una frase de mi tío Juan que me sirvió el primer trago de vino de mi vida: «Es maravilloso», decía él, «la lengua también lee». Fiesta de amigos, nada, apenas un muchacho raro que sabía catar vinos.

—Es en la casa de Daniela —gritó Ana María, la inevitable organizadora-de-todo que siempre hay en cada clase. Yo miré a Daniela. Ella me sonrió. Pero después miró a Damián. Damián le quitó la vista y me volvió a mirar a mí. Sentí el corazón en la garganta.

Daniela se acercó y me pidió que la acompañara hasta la casa.

—¿Hasta tu casa?

—¿Te queda en el camino?

Definitivamente no, pero eso no se le dice a alguien que tú amas. Mi ciervo, mi ángel dorado, mi vida. Danieeeeela. Podía ir al fin del mundo por ella. Esas cosas que uno después sabe que no hay que hacerlas de buenas a primeras. Pero yo no sabía. Y creo que lo volvería a hacer si sintiera lo que sentía por Daniela.

—Sí, claro que sí.

—Por favor, quiero que me expliques algo.

—Lo que quieras.

Siempre hay que desconfiar de alguien que anuncia una pregunta y hace después una pausa, como carraspeando. Daniela hizo una pausa.

—¿Qué es para los hombres el amor?

Yo no sé qué habría sido de mí sin mi hermana Claudia. La mañana antes de la fiesta tenía ensayo y en la tarde andaba como un zombie. «¿Qué te pasa?», me preguntó. Yo iba a decirle que nada pero me acordé que era mi hermana y que mi hermana es total, es como mi padre y mi madre juntos, pero lo mejor de cada uno. Como las manos de mis padres tomadas para siempre.

Yo también, supongo, pero a veces tengo miedo de ser lo peor de cada uno, o una mezcla imperfecta.

•—Tengo una fiesta —le dije.

—Yo te llevo en el auto —dijo y se fue al supermercado donde hay de todo menos lo que yo necesitaba para entender el amor, las mujeres, mi cuerpo, la vida. Y mi tío Juan no llegaba hasta la primavera que era en dos semanas más. Sé que los libros pueden contarnos cosas pero se necesita un guía. Mi tío Juan lo único que me había enseñado es que si el título dice «Cómo hacer pan» es que no sirve para hacer pan. Él me ha enseñado que los libros se leen por debajo, como entre sueños. Por eso uno se lleva un libro de amor y termina entendiendo la guerra. Así son los libros.

A Claudia la ayudo a desempacar siempre y es siempre divertido. Es como si ella y yo hiciéramos una casa chica imitando la que tuvieron los papás. Supongo que eso servirá para algo. A mí por lo menos sacar las bolsas del supermercado me hacía tener menos miedo a la fiesta.

—¿Hiciste lo de matemáticas?

—Estoy listo, ese no es mi problema.

Mi madre encuentra que me visto pésimo y empezó a hablar de eso, sus diatribas en contra de la ropa usada. Sobre todo el «qué van a decir las otras madres si te ven así, todo harapiento». Mi hermana no le sigue el apunte, me toma del brazo y me lleva al espejo.

—Estás precioso.

Me da risa y no le creo. Me veo como se ve la gente de mi edad, desgarrado, lleno de espinillas y con una mirada de idiota tapada por las tupidas cejas de mi familia. Me siento horrible pero, en eso por lo menos, me ayudo con frases como «son cosas de la edad».

—Daniela me preguntó qué era el amor para los hombres y no supe qué contestarle —le conté a mi hermana.

—¿Qué le dijiste?

¿Qué le había dicho? ¿Qué dije en mi primera conferencia sobre el amor de los hombres a las mujeres cuando mis padres eran una perinola y la mujer que me lo preguntaba era lo más lindo del mundo? Se me llenó la cabeza de las famosas ideas. Así, se me confundieron las palabras, nada de mi tío Juan, la biblioteca en blanco y se me cayó toda la estantería, se me apagó la luz, hice cortocircuito y chirrié como cuando se acoplan los parlantes en el garaje subterráneo de la madre de Damián. Cabeza y corazón, cada uno por su lado. Sensación de tener cara de imbécil, el de los granos y las cejas y la nariz grande, el del espejo. El «precioso» de mi hermana. Daniela, el amor es...

—Algo muy importante —balbuceé.

—Ah —dijo ella, que, estoy seguro, se dio cuenta de que yo era un bruto o, casi lo mismo aunque es diferente, estaba en un acceso de brutalidad paroxística (esa palabra es como un gol con el taco de la zapatilla). Yo estaba paroxístico, súbito, cataléptico, todas esas

cosas que dicen los diccionarios. Mi tío Juan tiene una enorme cantidad. Dice que son importantes porque tienen todas las palabras del mundo. Yo, en ese momento, no tenía ninguna palabra. Solo frases hechas. Manoseadas, amontonamientos de palabras ramplonas, pobres, tontas.

«Algo muy importante». Se me quedó pegado, me quedé repitiéndolo como para darle énfasis, para que pareciera una meditación, me sudaron las manos y ella, por suerte, se puso a hablar de las comedias Sony y yo igual no entendí porque en casa no tenemos televisión por cable. «¿No has visto *Friends*?». «No, no he visto *Friends*». Y empezó a contármela, así, como una buena amiga, como una hermana mayor, como una madre. El silabario de las comedias Sony.

Por supuesto, cuando partí para mi casa tomando como tres micros distintas, cambiándome furioso de uno a otro recorrido, se me vinieron todas las ideas a la cabeza y las quise anotar y lo tengo anotado para la próxima aunque no sabía si iba a haber una próxima y la iba a haber pero yo no lo sabía. Y lo único que quería conseguirme era televisión por cable para ver las comedias Sony.

Todo eso le conté a mi hermana en como minuto y medio.

—Te estás enamorando, precioso —me dijo y me abrazó. Cuando lo hace mi madre me da bochorno, con mi hermana tiene algo de apoyo, de cojín que no asfixia.

—¿Qué hago en la fiesta? —le dije. Me preguntó a qué hora era, me llevó a su pieza, que es la más chica de la casa y me dijo que bailáramos, rápidos y lentos. Estaba más nerviosa que yo. Al final me insistió que mi tenida de ropa usada era de lo mejor y que no le hiciese caso a mamá en lo de vestirse para una fiesta. «Nada le gusta menos a una mujer que un hombre vestido al gusto de su madre».

Me dijo que yo era un ganador y que me repitiera «el mundo es mío, el mundo es mío» y que, siempre, al final, ganan los mejores. Y que yo era, sin duda, el mejor de los mejores. Supongo que cuando uno está enamorado se las cree todas. Es raro, no sonaba como la cantinela de mi padre.

Me subió a su Suzuki y partimos a la casa de Daniela. Era cerca pero había que cruzar calles grandes y no hay micros. «Déjame aquí no más, Claudia». Bajé todo Mel Gibson y me repetía «el mundo es mío, el mundo es mío» cuando Daniela abrió la puerta de su casa. Sonaba una música pop de gaseosa de ponerse bizco. Faith No More, creo. Le sonreí sin dejar de acordarme de mi cara de ave desplumada del espejo. No me sentía precioso.

—Isma —me abrazó Daniela.

Fuerte, fuerte. ¿Y si tenía que declararme? Claudia no me había enseñado. Iluso, iluso. Por suerte todos tenían esas sonrisas con fierros. Todos palmípedos arrinconados bailando pop y tomando coca-cola.

Llegaron Damián y los verdes y los azules, por supuesto, nos arrinconamos en dos lados intocables. Los verdes estábamos con la música, lo nuestro, que era de lo peor pero Damián hasta de eso sabía y encontró unos discos de los Red Hot Chili Peppers. Ramón vivía cerca y fue a buscar unas canciones que había bajado de la red. La suerte de él, tenía un computador potente. Todo se lo pedíamos a él.

—¡Bailemos, ya bailemos! —gritó Ana María que tiene que haberse pasado castigada desde el jardín infantil o yendo todos los días al neurólogo, una tromba. Se puso a dar saltos y la aplaudían los azules. Los verdes rae empujaron. Teo y Leo eran más tímidos que yo. Adelante, hice un gesto con la cabeza, al ataque y saqué a Daniela. Damián sonrió y me puso un tema rápido que no podré recordar nunca. Todo era Daniela y todo era la sensación que debe tener un guitarrista en medio de un recital. Al final ella me abrazó y me dijo que bailaba total, que parecía de MTV y yo tampoco entendía mucho qué quería decir. Yo creo que todos hablamos raro y si fuésemos más honestos más raro hablaríamos. Y solo entonces podríamos entendernos. O sea, que no nos entendemos cuando hablamos igual, todos, de lo mismo. Creemos que nos entendemos. Creemos que estamos hablando de la misma cosa. Pero no es cierto. Eso, según mi tío Juan, es una paradoja.

Yo estaba feliz. El rey del rock era yo. Péter sacó una botella de pisco de esas chicas de su chaqueta y me

echó en la coca-cola. Claro, los azules tomaban pepsi. Me dio como una náusea tomármela toda.

—Despacio, amigo —me dijo Damián.

—Me voy a casar con Daniela —le dije yo y salí al patio. Venía llegando Ramón. «Me voy a casar con Daniela», le grité. Dicen que hice el ridículo. Yo también pienso que hice el ridículo. El capitán Ajab, el de la ballena blanca, por lo menos tenía algo de loco heroico. Yo era un ridículo enamorado. Cuando entré a la fiesta tocaban un lento feroz, de esas cosas antiguas que rastrea Damián. Una canción de King Crimson que se llama *Epitaph*. La podría haber escrito yo. Daniela estaba bailando apretada con Damián. Muy apretada. Nunca había visto un hombre y una mujer tan apretados. Ni mis papás. Nunca. En las películas, en las novelas, a veces.

Me tomé todo el vaso de coca-cola con pisco. El griterío era brutal. Me puse al lado del altavoz, para que el bajo me hiciera retumbar la cabeza, que me hiciera astillas las ideas, el corazón sobre todo, de vidrio, la ballena blanca de Daniela. Los vi dándose un beso. Claudia no me había enseñado a dar un beso. Daniela y Damián sabían.

Ba, Be y Bu empezaron a reírse de ellos pero otros aplaudieron y alguien abrazó a Ana María y no sé qué más. Anahí estaba aburrida frente al otro altavoz con no sé quién y me pregunté si era sorda o estaba mareada igual que yo.

—¿Te hundieron el barco? —le grité. Dicen que le grité.

—¿Qué? No escuchaba nada, nada. El equipo de sonido de los padres de Daniela era genial. El bajo sonaba y sonaba.

—¿Te hundieron el barco? —grité varias veces.

Anahí lloraba. Creo que la vi llorar en medio de la tormenta. El agua saltaba sobre la cubierta. No le alcancé a decir que se sujetara al mástil.

—¿Te hundieron el barco? —grité a través del ulular de la tempestad.

Y ahí vomité. Dicen, yo no me acuerdo.

Típico. Mi madre diciéndome que me controlara con el trago, hablándome de su tío Antonio, el alcohólico. Mi padre que mejor ni supiese y que mi tío Juan tenía la culpa por enseñarme esas cosas. En el curso se rieron mucho. Parece que hice cosas divertidas y sobre todo bailé muy bien. Pero yo me quería morir.

Yo habría saltado desde la cubierta al mar. Daniela y Damián de la mano y el partido de fútbol el viernes. Los odio, los odio. Ya no tanto, quizás para eso sirva la escritura. Es como un álbum de fotos al revés, te va quitando el dolor mientras lo escribes, te permite acordarte de escenas que a lo mejor habrías cortado de raíz. Quizás eso es lo que pretende la profesora de lenguas con tanto esfuerzo de memoria, quizás aprenderse las cosas de memoria sirva para olvidarlas

mejor, o sea, acordarse de ellas sin que duelan. Tema para conversar con el tío Juan.

Nos hicimos populares con Damián. Yo era el divertido, el caso discutido en la reunión de padres y apoderados y él era el novio de América.

—Maricón —le dije en el baño. Yo estaba meando. Él vino y se puso al lado mío.

—Tú sabías que ella me gustaba —dije.

—A mí también me gustaba —murmuró.

¿Por qué un amigo, tu mejor amigo, puede ser tu rival? ¿Por qué lo sentí artero, traidor, oblicuo? ¿Por qué de pronto tu aliado es tu enemigo? ¿Cuánto me tardé en lanzarle un puñete? Un segundo, dos, tres. ¿Menos? No me di ni cuenta y había salido toda la fuerza de mi brazo derecho hacia su cara. La tormenta, el trueno, el fuego del dragón. Mi odio. Mi corazón roto. Mi valiente corazón roto.

Damián ni siquiera esquivó el golpe. Sentí el choque en mis nudillos. Me dolió hasta la raíz de los dientes. Hasta el corazón me dolió. Necesitaba seguirle pegando. El corazón me ardía como una herida abierta.

Se dejó pegar en la cara y resbaló (el suelo del baño siempre está hecho un asco) cayendo al piso. Entraron otros alumnos, alguno salió del excusado con los pantalones en las rodillas. «¡Pelea!, ¡pelea!», gritaron los Tres Cer-ditos. Yo me contuve. «No», dije, «no».

El Inspector General, el Zorro, me preguntó por qué golpeé a Damián. Estuve metido en su oficina una

hora, esperándolo. Castigo de inquisidores, podía mirar el patio. Daniela curando al mal herido príncipe Damián. El Zorro me hizo pasar y me miraba con picardía. Yo sabía que le caía bien, le gustaban los alumnos que hablaban raro y yo y Damián éramos los más raros de la clase.

—Ustedes son muy amigos —dijo.

Yo creo que he visto muchas películas. En el puerto, con mi madre, en la tele o en el cine. Puse una cara que no era mía. Me puedo reír hoy. Me dolía la mano del puñete: los huesos de Damián eran más duros que su mirada, que todas sus ideas, pero yo me la sobaba bajo la chaqueta. Puse cara de héroe traicionado.

—Eramos —respondí.

Yo creo que ahí supo todo. Creo que se aguantó la risa, se mordió el labio y se asomó a la ventana. Los dos tortolitos en el banco del patio.

—¿Mujeres? —preguntó.

Yo asentí.

Me irritaba. Los adultos todo lo hacen parecer trivial. ¿Nada les importa realmente como para jugarse la vida? Abre tu cerebro, Zorro, ¿tienes aún corazón?

—Bien pegado —sentenció y me palmoteó en el hombro—. Ni el último que pegas ni el primero que recibes.

—No se defendió —mascullé. Eso sabía que lo iba a entender el Zorro mejor que nadie. Sus héroes eran los apasionados, los que no se rendían, Leónidas en las Termopilas, Arturo Prat, Aníbal, Lautaro, los jóvenes

héroes de La Concepción. Me miró entendiendo mi profunda humillación. Damián se había dejado pegar.

—Quizás sabía que se lo tenía merecido —dijo el Zorro, que tiene un bigotito de esos que nadie usa, con pelo engominado, como alguna foto del padre, justamente, de Damián, enmarcada colgando a la entrada de su casa.

—Tengo que castigarte igual, Ismael: a la casa y sin partido.

¿Sin partido? ¿Estaba loco? Cerré los ojos. Vi negro. Me dolió el corazón, la mano, el brazo entero, las ganas de zamarrear al Zorro de las solapas, ahí, balanceándose sobre sus talones como si fuera un trámite más.

—A la casa. Y sin partido —repitió.
Maricón el Zorro.

16

La derrota era total. ¿Qué más? El banquillo nuestro era absurdo, el gordo Gómez, que jamás ha pegado un puntapié ni a su hermana y Torel que no entendía nunca para qué lado se corría, de esos flacos

que se ven patéticos perdiendo siempre el carrerón tras la pelota.

Cuando le conté a los verdes que yo estaba suspendido se armó una enorme discusión. Los azules estaban contentos y los nuestros con la moral en el suelo.

—Yo tengo la culpa —dijo Damián.

—No tienes nada que ver —se metió Daniela. Yo la miraba ardiendo de rabia, ardiendo.

—Tú no te metas en esto, Dani —la hizo a un lado Damián—. Esto es cosa de hombres.

—Machista. Eres igual a todos —lo miró rabiosa Daniela. Yo aluciné ante el gesto de poder de nuestra Reina. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Dani, estoy hablando con Isma, tenemos partido el viernes y no hay equipo.

—A mí no me empujas, Damián. Hizo un mohín y salió enojadísima hacia el patio. Yo estaba con los ojos cuadrados de sorpresa al ver la fuerza de mi ex ángel, ex amor, futuro ángel, futuro amor. Pero eso es después. Yo estaba aprendiendo demasiado rápido sobre hombres y mujeres. Damián dio un paso tras suyo pero volvió hacia el grupo.

—Perdóname, Isma.

—¡Yo no me llamo Isma! —le grité.

Los demás se rieron. Había algo divertido. Ramón imitó el gesto furioso de Daniela. Muy bien. Se rió hasta Damián. Eso era el amor. Capítulo Uno, Primer Nivel, intitulado «El castillo de naipes» o «Las iras fáciles».

—Yo tengo la culpa y yo lo arreglo —sentenció Damián. Fuimos a buscar al Zorro. Estaba con la señorita Eva, muy coqueto. Se sorprendió de vernos. Quizás eso nos iba a ayudar, pensamos. Siempre piensa uno que las cosas serán más fáciles.

Se ajustó el nudo de la corbata.

Damián carraspeó, algo solemne: —Señor, yo tengo la culpa de la pelea en el baño. Digno, casi arrogante.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—Pero el puñete lo pegó tu compañero.

El Zorro se lo estaba pasando bien: mala señal. Cruzó las manos sobre su vientre como un arzobispo.

Asentimos. Si alguna vez he rezado, con el perdón de mi padre, ha sido en ese momento. Dios, por favor, que nos perdone y podamos jugar la semifinal.

El Zorro se tomó su tiempo. Era el Juez, el Supremo Juez. En alguna parte de él se reía de nosotros.

—Pues entonces, tarjeta roja a los dos.

—¿Cómo?

—Que están castigados los dos. A la casa y sin partido. ¿No lo han visto en el fútbol? Tarjeta roja, los dos.

Maricón, súper maricón el Zorro. Nos sonrió, encima.

En *Moby Dick*, la novela, hay capítulos que son una lata. Lecciones completas sobre la caza de la ballena, cómo son los balleneros y qué es el ámbar gris. Por suerte mi tío Juan, que me enseñó a leer de verdad y a hablar raro, la causa de todas mis gracias y desgracias, me dijo que lo primero que tenía que saber un lector era saltarse las páginas flojas, leer en diagonal y hasta dejar un libro en la mitad, retomarlo, releer trozos, olvidarse del nombre de los personajes o incluso mezclarlos con los propios sueños.

Si alguien lee esto se puede saltar este capítulo. Yo me saldría de mi vida si pudiera y me metería en otra. Supongo que así lo hacen los adictos cuando interrumpen con drogas su conciencia y hasta el rock puede ser eso. Yo también podría dar la lata con el rocanrol que tiene historia y geografía y no es puro ruido (mí tío Juan nunca entiende por qué no tenemos clase de música a partir del rocanrol hacia atrás o sea «te voy a contar de dónde salió todo» y dice lo mismo del cine, las novelas, las noticias y lo que le pongan por delante: «hay que dar vuelta la enseñanza, empezar por el presente y

lanzar la memoria hacia el origen, pero ni los ministros ni los maestros tienen corazón de novelista»). Para él todo debería ser una novela. En cada año de enseñanza nos deberían entregar una novela hermosa y, a través de ella, enseñarnos todo lo que se sabe del mundo. «Si tuviera tiempo la haría yo, una novela enciclopedia, escrita con las palabras justas para cada edad, regalando términos nuevos a cada capítulo, reconociendo personajes, sin dejar que ningún maestro, ni siquiera el de gimnasia, pueda zafarse de la novela. Con doce novelas haría un estudiante graduado, novelas grandes, abandonables, desarmables, con hojas en blanco donde cada uno escribiera su capítulo, con citas, cuentos de otros, comentarios, hojas en blanco incluso para la historia personal del maestro, sus orígenes, su casa, su familia, no solo las asignaturas pálidas como velas derretidas sino las personas oxigenadas y sinceras». Mi tío Juan hablaba así, de verdad. Una vez me dijo que quizás a alguien se le ocurra algo así en la informática. Quizás, decía yo, pero ya es demasiado tarde. Yo lo echo de menos. Sobre todo ahora que no quiero que la vida siga, que tengo tarjeta roja y no quiero ver a Damián porque se fue con Daniela y tengo el corazón roto dos veces.

Se enteró mi madre, pensaba, y estamos fritos. Me habría ido a refugiarme donde mi tío Juan pero no había tío Juan. Mi hermana estaba en el trabajo, toda la gente estaba en el trabajo y yo solo vagando por el barrio. De

uniforme entre las tiendas y los cines, sin dinero, y soportando las caras de los que te miran como si estuvieras de fuga o, de todas maneras, en falta. Me comí una hamburguesa asquerosa y me quedé pensando un capítulo asqueroso. Como el ámbar gris.

¿Qué le pasa a Ismael? Pues está terminal, hundido. Me debería haber sacado una foto ese día. Con los cuernos puestos y sin otro destino que el castigo, mi madre reclamando, las prohibiciones de siempre: el bajo, el playstation y la televisión, como si vivir sin eso fuera una versión del infierno a mi edad. Por suerte mi tío Juan me enseñó a leer y a escribir. Aunque haga de este capítulo la historia de la caza de la ballena.

Yo creo que todos mis problemas son porque tengo la pirula corta. Esto es serio, yo no se lo he dicho nunca a nadie, ni a mi padre, ni a Damián ni menos a mi tío Juan. Hablo de todo con él menos de pirulas o pollas o vergas o picos o pijas o maraguas o chotas. De sexo nada, se pone nervioso él y yo sé que es algo raro. El mundo de él es de libros pero no tiene carne de la misma manera que estoy hablándolo yo.

Yo tengo la pirula corta. Yo he visto otras. Las de Damián, de Ramón, la de otros compañeros de antes. Es verdad, me ha crecido pero menos. Las he visto de lado y rápido, cuando estamos en los camarines yo siempre me tapo y bajo la vista. Tengo pocos pelos y la tengo corta, Leo y Teo la tienen larga como un dedo de mi padre y tienen pelos por todas partes. Parecen monos

pero no les importa pasearse en pelota porque saben que tienen la pirula larga. O sea, como sus orejas.

Yo estoy seguro que eso se me nota. La tengo corta. No me crece y no me va a crecer nunca como yo quisiera. Una vez, de niño, se la a mi padre. Era de noche y no sé si habían discutido o no con mi madre en su habitación. Me desperté y lo vi, desnudo, cruzar al baño. Encendió la luz del baño y le vi el cuerpo grueso y la pirula grande y gruesa y me dio miedo. Sentí que sería niño para siempre. Nunca me crecería nada.

Si alguien me dijera que a todos les pasa lo mismo, le pegaría hasta sacarle los dientes. Siempre nos dicen ante cualquier problema: a todos les pasa lo mismo. Si te sientes avergonzado, humillado, traicionado o tienes la pirula corta: ya te vas a ácostumbrar, al principio cuesta, es la edad. Hasta cuando me lo dice mi hermana me da lata.

Tener la pirula corta es como tener la silla coja y la mesa coja también. Me paso disimulando que soy fuerte o grande o crezco o qñie soy, como mi hermana dice, parecido a Leonardo di Caprio. Lo cuento así, ridiculo como es, para que se entienda lo ridículo que puede ser. Leonardo di Caprio es un actor famoso, con cara de mujer, que las hace gritar a todas. Se hizo famoso porque se ahogó en la película sobre el hundimiento del *Titanic*. Yo me ahogo todos los días y como esto no es una película no hay manera de cambiar las cosas. Me siento ridículo.

Tal vez si sintiera que la tengo grande me sentiría mejor. Damián está seguro de tenerla grande. Y por eso me ganó a Daniela. Yo la tengo mentalmente chica. Mentalmente, pe esto no me Salva ni ser famoso ni hacerme católico. Me da pudor ir a la Iglesia con mi padre y rézar para que me crezca la pirula. Me da vergüenza mirar el cuerpo de Cristo en la cruz y pensar en cómo tendría Cristo la pirula. Supongo que eso será pecado. Nada de eso sale en la Biblia. Cuando supe que los judíos se cortaban un pedacito del cuero de la pirula al nacer pensé si eso ayudaría a que creciera más y así pudieran resistir que les hostilicen tanto toda la historia.

Este tema es privado como todo el capítulo. Supongo que para el que escribió *Moby Dick*, la noveía, su vida, todo lo de la caza de la ballena era fascinante. Los demás podemos saltarlo. Supongo que la historia de Ismael y su pirula es problema de Ismael. Pero eso no quita que sea importante para Ismael que soy yo, el náufrago furioso. A lo mejor Moby Dick tiene la pirula corta y por eso anda furioso. Y es balleno y ño ballena y por eso le da rabia con los arpones y los barcos.

Aunque se me pase. Aunque después me crezca. La tengo corta. Tengo casi catorce años y la tengo corta. Y no he dado un beso y he fumado una sola vez, solamente tabaco. Además me han suspendido del colegio y no voy a jugar la semifinal contra los idiotas de la Pepsi.

Tengo que seguir escribiendo. Algo me ayuda, como dice mi tío Juan, pero para lo de la pirula no sé si tanto. Tengo ganas de gritar también. Estoy de mal humor y, sobre todo, no tengo ganas de oír siquiera a mi madre.

No alcancé a tomar la locomoción a la casa cuando me encontré con Anahí. Guardé todo lo que había escrito, mis capítulos privados, a toda velocidad y puse cara de molesto. No quería que me viera ni aliviado ni triste.

—¿Los suspendieron?

Siempre te hacen la pregunta idiota. Incluso la gente buena te hace la típica pregunta idiota. Se acercan y, en lugar de hablarte de otra cosa, te hacen la pregunta idiota: ¿estás triste?, ¿cómo estás?, ¿te pasa algo? Les deben hacer algo en el cerebro. ¿Cuándo duermen? ¿Se gasta el cerebro de soñar? Miré a Anahí y me dieron ganas de berrear. Solo me encogí de hombros.

—Le pegaste por lo de Daniela ¿verdad?

Otra vez más. «Anahí, no me hagas esto», pensé.

—¿Vamos al malí? —me preguntó.

«¿Qué vamos a hacer en el malí?», pensé. Odio el malí. Vengo del malí. Ya me aburrí del malí. Me espera mi madre para darme un discurso de buenas maneras. Hasta puede llamar a mi padre y hasta quizás me lleven al psicólogo. Y de verdad me dan ganas de emborracharme o fumar marihuana, para que me regañen de verdad, con ganas.

—¿Estabas muy enamorado?

La miré. Me tocó hondo. No le había importado mi batahola, mis bramidos de Júpiter tronante (esos dioses que me enseña mi fío Juan), mi aliento de dragón. Me tiritó la cara. Me preguntaba por el amor. Golpe bajo, Anahí. Yo no estaba en guardia. Uno no se defiende suficientemente bien de las mujeres. No basta con mirarlas como marcianos. Son rápidas, agudas, en alguna parte de la mente o del pecho tenemos una puerta entreabierta o una ventana acrílica por la que ellas, solo ellas, pueden vernos todo. Somos transparentes. No dije nada. Después de tres horas pensando sobre el tamaño frustrante de mis órganos sexuales Anahí me pregunta si estaba enamorado.

«Estabas muy enamorado», se contestó sola. No me percaté cómo comenzamos a caminar por el centro comercial, la luz de neón, el atardecer falso de las vitrinas, las vendedoras de país en crisis, el país entero preguntándose por qué las cosas no salen como uno quiere.

«Yo también estoy enamorada», me dijo Anahí. Yo le habría dicho que a mí no me importaba nada. Después importaría, mucho después. Me alegro de no haber sido grosero. En algunas cosas mi madre y los adultos tienen razón: uno no sabe lo que va a pasar y no puede andar diciendo cosas que cambien tu futuro sin darnos cuenta. Siempre estamos escribiendo el futuro, metiendo o sacando la pata. Cuando nos damos cuenta

nos llenamos de inseguridad. Algunas veces tiene arreglo, otras no. No se puede hablar ni pensar si no es hacia delante. Hasta cuando estamos haciendo recuerdos estamos escribiendo hacia el futuro.

Caminábamos sin hablar. Casi sin hablar.

—Yo ahora tengo rabia no más —le dije.

—¿Qué te da más rabia, lo de Daniela o lo del partido?

Tuve que pensarlo como tres metros.

—Yo creo que lo que más rabia me da es que las cosas me están saliendo mal en todas partes —le dije. Y me dio pena.

—¿Tú crees que si Daniela no se hubiera enredado con Damián estarías mejor?

Me reí. «Claro que sí», le dije, «tendría una esperanza, no le habría pegado un puñete a Damián en el baño, el Zorro no me habría expulsado y estaría camino a casa sin miedo».

—No estaríamos conversando —dijo ella, Anahí.

—No, no estaríamos conversando.

—Es muy bonita Daniela, ¿no es verdad?

Las mujeres a veces te hacen preguntas metiendo los dedos ai enchufe. Uno también, no lo neguemos.

—Sí, es preciosa. Sentí el olor a quemado en el corazón de Anahí.

Estábamos mirando una tienda de discos. Los iba a bajar todos de la red con Ramón. Todos, esta misma noche. Seguro que me lo prohibían. Cuando te cae una

prohibición te caen todas juntas. Efecto dominó, se llama eso.

Anahí me preguntó por un disco. No le entendí, la miré y me di cuenta que tenía los ojos llorosos. Iba a hacerle una pregunta idiota como ¿qué te pasa? o algo así cuando me acordé de mi rabia y le sonreí.

—¡Anahí! Dime cuál de estos discos quieres y te hago una copia en el computador de Ramón y lo tienes en casa.

—¿De verdad? —me preguntó, como saliendo de un golpe de *knock out*.

Debo haber parecido un magnate de la música pero la sensación me gustaba. Me gustaba sentir que a alguien yo le podía dar algo. Conseguiría el disco, cualquiera, en alguna parte, era genial convertirse para alguien en un héroe, como un caballero andante. Quizás todos los caballeros andantes tenían la pirula corta. Hasta Mel Gibson y Superman y Batman. Quizás la gran causa de que uno necesite convertirse en Superhéroe sea el tamaño de la pirula.

—¿Qué discos quieres, Anahí?

Ella miró la vitrina conteniendo la risa.

—El que tú quieras.

No, Anahí, no arruines la historia. Hay dos respuestas que odio: «Me da lo mismo» o «Lo que tú quieras». Sé que una es horrible y la otra es insípida, pero no son un verdadero deseo. No me hacen Supermán y yo quiero ser Superman.

—R.E.M. —dijo— cualquiera.

Yo pensé que no estaba mal. Si hubiera dicho Luis Miguel la colgaba de un faro. Me subió el ánimo. Me reí. Le dije que con las copias piratas íbamos a reventar todos los centros comerciales, todo esto será nuestro, lo haremos en casa, no nos quitarán ni un peso. Soñar bastará. Dije cosas así. Anahí se reía. Llegamos a la parada del microbús.

—¿No quieres saber de quién estoy enamorada?
—me preguntó.

La miré y fui muy sincero.

—No —le dije. De verdad, no quería. No me interesaba.

Se subió a su recorrido y se fue. No se despidió siquiera. Yo sentí algo raro en el aire. Incluso, estoy seguro, nunca le hice la copia de disco alguno de R.E.M. Ni siquiera llamé a Ramón.

Mi madre ni me habló. Era un alivio después de todo. Yo creo que tanto ella como yo estábamos cansados con la situación. Yo siempre traía un problema, ella se tiraba de los pelos y decía: «Señor, dame tu fortaleza». Siempre, desde muy chico, yo creo que desde mi nacimiento. Me la imagino viéndome en la cuna y diciendo: «¡Señor, dame tu fortaleza!». Durante mucho tiempo dudé de qué señor se trataba hasta que le pregunté a ella misma y le dio risa como le da risa a las madres cuando uno pregunta algo a los cinco o seis años; diez años después te zumban.

Ella estaba cansada de pedirle fortaleza a Dios y yo creo que Dios estaba aburrido de recibir tanto lamento de madres molestas con hijos que metían la pata. ¿Había que pedirle la fortaleza al Señor o pedir al ser humano la fortaleza para soportar los designios de Dios? ¿Quién era el fuerte? Dios estaba en otra categoría, eso era claro. Los humanos éramos los fuertes o débiles. Creo que vivir desgasta, eso creía en ese tiempo, por lo menos. Uno se cansaba y pedía ayuda a Dios. Dios no decía nada.

Creí que mi madre me abriría la puerta con el grito en el cielo o la cara larga preguntando «¿Qué pasó ahora?». Pero no, me abrió Claudia y me dijo que mi madre ya se había tomado algunos calmantes y dormía.

—¿Estoy castado?

—Todos los castigos.

Tiré la mochila en mi cuarto y me eché en la cama. Claudia entró y se sentó en la silla.

—Déjame solo, Claudia.

—¿Qué te pasó en la fiesta?

—Nada —dije.

Es buena persona mi hermana. No dijo ni una palabra. Dejó entender que se preocupaba. Estuvo un rato en silencio, no cambió de tema y salió suavemente de la habitación. Cerró con todo cuidado.

Pensé que ella entendía bien. Nos entendíamos bien, hasta sin palabras. Eso era lo mejor que a uno podía pasarle. Lo mejor. Me puse los audífonos y en la oscuridad del cuarto me sumergí en la música. Cosas viejas, Led Zeppelin, Diré Straits, Deep Purple, Pink Floyd, The Pólice, guitarristas buenos, secciones rítmicas de clase, canciones con vocalistas emocionados, arreglos que me sacaran de este mundo. Saltarse varios capítulos y caer adelante, en otro camino o volver atrás y decidir no ir a la fiesta o no querer tanto a Damián o detener el puñete. No, eso era imposible. O que no nos hubiéramos venido del puerto a Santiago. Eso, eso sería bueno. Estaríamos escuchando el mar. Más atrás, antes que se muriera mi abuelo. Cuando yo no entendía a qué señor le pedía fortaleza mi madre. Eso, cuando yo era un niño.

O acelerar, tener mi casa solo, dinero en el bolsillo, cualquier cosa pero bien, ser muy muy muy viejo y ya haber salido del túnel o ser incluso ingeniero comercial y ser súper católico y sentirse seguro en este mundo o simplemente leer. Pero así no. Que terminara alguna vez este año tan largo, este día tan largo, esta noche tan larga.

O ser una ballena invencible.

Lo importante es que hubiese terminado la batalla.

De pronto todo es raro. Al otro día fueron a ver al Zorro mi madre y, aunque no lo crean, con mi padre y, pensé, hasta Josefina, la enfermera separada. Yo en casa de día, castigado, escribiendo canciones y tonterías en mis cuadernos. Tenía la próxima semana prueba de ciencias sociales: El Renacimiento. ¿El Renacimiento de quién? ¿A quién le importa Florencia? Me había despertado mi hermana y mi madre sencillamente me había quitado el saludo. No me dirigió la palabra al desayunar. Claudia me dejó un papel al irse.

Están furiosos. Ya hablarán contigo. No hagas nada que complique más las cosas. Quédate en casa y estudia. Yo te llamo de la oficina. Entiendo lo que pasó y voy a tratar de hablar con papá y mamá.

Creo que lo primero que hice esa mañana fue masturbarme. Tenía unas fotos sacadas de internet por Ramón y me puse como loco, pero después me dio rabia, un abismo de vacío, la tristeza después del golpe de corriente eléctrica del orgasmo. Como estar abrazado al mundo y caer al estilo de los dibujos animados, pero de verdad. A veces tengo esos sueños, caer, caer, sin poder sujetarme de nada. Quemé las fotos, limpié todo, me sentí un asco. Me imaginé el beso de Damián con Daniela y me vino la misma náusea de

la borrachera. Me calmaban las palabras, por ejemplo, saber lo que era un orgasmo. La palabra orgasmo más que el orgasmo mismo. Que había compañeras y compañeros que no sabían esas palabras. O sea que si tú les decías «orgasmo» podían creer que era algo como un instrumento musical del Renacimiento creado por Leonardo da Vinci o la moneda oficial de las islas Fiji. Miré en la enciclopedia, por suerte no incluida en los castigos, por lo tanto desvalorizada —según mi tío Juan—, las obras de Miguel Ángel. Dios quizás tuviese esa barba y esos cuerpos, como en la Capilla Sixtina. Pero yo era débil y toda la rabia del mundo no me hacía más fuerte. Y la tristeza menos.

Sonó el teléfono y pensé que era mi hermana. No, era Damián.

—Hablemos —me dijo.

—¿No estás castigado?

—¿Por qué? No he hecho nada malo.

—Pero estamos suspendidos.

—¿Y qué? Es un abuso de poder del inspector, nada más. Ni tú ni yo faltamos a las reglas.

—Damián, te habría roto la cara. Yo estoy bien castigado.

Se quedó pensando.

—En cierto modo sí, pero yo tengo la culpa. Veámonos en la plaza.

—No puedo salir de casa. Me ven y estoy perdido.

—Voy a verte.

Colgó. Yo no quería verlo. Llamé pero era tarde. Ya había partido. Yo conocía su casa, el teléfono al lado de la puerta, debajo del retrato de su padre. Su madre en el colegio hablando con el inspector, aunque igual no le importaría. «Los maestros saben más de lo que creen pero no deben creer que mandar es enseñar», nos decía la madre de Damián. Con esa madre cualquiera es como él.

La imaginé discutiendo con el Zorro. Ella, apasionada por la historia. El Zorro debe tener mucha paciencia. Aunque también lo habría matado a hachazos como en esas películas de asesinos dementes que vuelven a la fiesta de graduación. La venganza. Sierra eléctrica en mano. Comenzando por Daniela y Damián y luego, mi padre, mi madre y, al final, cortado en pedacitos, el Zorro.

Me di cuenta que el Zorro era mi enemigo. Se reía cuando nos mostró las tarjetas rojas. Abuso de poder. ¿Había preguntado? ¿Había intentado siquiera entender qué me pasaba por la cabeza cuando le di un puñete a Damián?

Yo no era más peleador que los más comunes y corrientes del colegio. Tenía malas notas, claro, pero eso no le daba derecho a mirarme en menos. Como si yo fuera de otra clase, el poca cosa, el de la pirula corta. Mis padres estaban separados, ¿y qué? No tenía televisión por cable, ¿y qué? Hablaba raro, ¿qué tenía eso de malo?

Hablar raro era lo que me protegía, lo que me iba a salvar del mundo. Las palabras me iban a permitir salir de este naufragio, como en la película del *Titanic*, porque todo el mundo era un transatlántico lleno de engruidos navegantes. De pronto venía el iceberg o la ballena y todo se acabó. Todo. Y no estoy deprimido, como le dije al psicólogo. Soy realista. «Estás deprimido», me dijo él. Y no seguí escuchando. Tenía alborotada completamente mi cabeza. Si se metía dentro de ella le devoraban la cabeza las pirañas. Me quedaba en silencio de dolor. ¿No lo entenderían nunca?

Con esa cabeza me encontró Damián. Alborotada.

—¿Puedo entrar?

Yo me encogí de hombros. Costumbre frecuente en los últimos días. O hacía un puchero con la boca o me encogía de hombros. Por dentro hablaba o escribía como un loro. A veces hasta me encontraba gritando en el fondo de mi estómago. Pero afuera mudo. Ustedes no me sacan de aquí, les gritaba a todos. Estaba cansado de desilusiones, de órdenes y de castigos.

—Vengo por dos cosas, Ismael.

Alguien por lo menos que pronunciara mi nombre completo. Ni Isma, ni Mel, ni pobrecito.

—¿Quieres un jugo?

—No, quiero que hablemos un poco nada más.

Yo saqué un vaso de jugo con hielo. Llegué a pensar dónde podría haber alcohol en la casa. Hasta un calmante de mi madre, o varios. .

—Todavía tengo ganas de pegarte, Damián.

—Por eso vine.

—¿Para que te pegue?

Me tomaba la caja entera de los calmantes de mamá. Entera.

—No, para decirte que te traicioné, que te mentí y que debí haber hablado contigo antes de meterme con Daniela.

—A ella le gustas tú, idiota.

—No, a ella no sé quién le gusta. Es peor, yo fui el que me metí con ella. La seduje activamente, digamos.

Damián sí que hablaba raro. Seducir era palabra de mi madre. Me dio un escalofrío en la espalda. ¿Qué era exactamente seducir a alguien? ¿Esa timidez feroz que yo sentía Damián la superaba así nada más? ¿Seducir? Yo no habría tenido agallas para hablarle siquiera a Daniela. Yo no tenía cómo preguntarle a nadie qué era seducir a alguien y menos a Daniela. La adoraba pero, por eso mismo, me ponía como idiota con ella.

—Cuando tú me hablaste de que te gustaba yo pensé en decirte que también me gustaba a mí, pero sencillamente quise ganarte la mano...

Damián estaba nervioso.

—Lo hablé anoche con mi madre y me dijo que yo tenía que pedirte disculpas porque te había traicionado. Quise derrotarte. Te quería quitar a Daniela y fui a buscarla antes que tú la agarraras. Estabas muy divertido

en la fiesta y por eso mismo yo la saqué al patio y le dije esas cosas que les gusta oír a las mujeres...

—¿Qué le gusta oír a las mujeres?

—¿No sabes decirle a las mujeres cosas que les gusta oír?

No sabía de qué estaba hablando. ¿Me habían lobotomizado?

—¿No escuchas acaso las canciones? ¿Las telenovelas?

—¿Tú ves telenovelas?

—Mi madre las ve. Las maldice todo el tiempo pero las ve y me explica todo.

—¿Te las tomas en serio?

—Nunca, pero mi madre dice que eso quieren oír...

—¿Tu madre te explicó cómo conquistar a Daniela?

Creo que gruñí. Como un lobo.

—Dice que todas son iguales...

Estaba rojo, rojo, colorado. Damián estaba en mis manos. Se sentía como el que usa un truco impropio para su edad. Lo había hecho. Me lo había hecho a mí y a Daniela. Trampa, truco de novelón, se había hecho el sentimental para joderme.

Me vino un mareo total. Pensé si de tanto imaginar taparme con calmantes había cargado el jugo con algo extraño. Como que la mente hubiera transformado las moléculas del jugo en un tóxico. He leído cosas así. Mi

tío Juan dice que son ficción. O sea, que no son ciertas. Solo se deben creer mientras se leen. Ficciones que dicen la verdad, me explicó una vez. Lo entendí en ese momento. Yo no tenía drogas en el jugo, pero sentía que el jugo me drogaba.

—¿Qué le dijiste?

Damián se rió. A mí me daba vergüenza preguntarle pero quería saber. Por saber. A mí nunca más me iba a pasar eso: no saber.

—¿Qué le dijiste? —insistí.

—Que era la mujer de mi vida, que era demasiado simpática, que desde que la había conocido no podía pensar en otra cosa pero... pero... sin creérmelo, sin creérmelo ¿me entiendes? como que ella necesitara que fuera cierto... Ismael... Ellas en algún momento tienen que querer que uno se lance, ellas tienen que sentir que eligen... Tú... A ti se te nota... en exceso... que estás enamorado...

Creí que iba a decir que se me notaba que la tenía corta. Quizás fuese lo mismo. Se estaba riendo. Lo he pensado después. Yo admiraba a Damián y cuando hablaba de las mujeres, en plural, con ese desprecio «seductor» de guión de película romántica, me hacía sentir como un idiota. Después, no sé cuánto tiempo después, me he acordado de esa conversación. Damián era un engreído, un posero, un vanidoso, no estaba enamorado como yo. No quería a Daniela, quería quitármela a mí, quería mostrarme que era superior a mí.

—Sí, se me nota mucho —le dije.

Hizo una pausa tan falsa como todo lo que me había dicho. Su «seducción» famosa.

—Yo creo que a Daniela le gustas tú.

—¿De dónde sacaste eso? ¿Con todo lo que ha pasado? ¿Con el campeonato de futbolito en peligro? ¿Con mi fama de estudiante problema absolutamente lograda? ¿Ahora resulta que yo soy el que le gusta a Daniela?

Se puso de pie. Habló con rabia. Le creí.

—Sí, tonto. A ella le gustas tú.

—¿Y cómo lo sabes?

Le podría haber pegado de nuevo. Lo pensé después. Creo que soy impulsivo y eso no es bueno. Me lo había dicho el psicólogo, pero no había entendido mucho qué quería decir con esa palabra. Impulsivo, o sea, que no sabía usar las palabras y me iba directamente a los hechos. A mí, las palabras se me convertían en cosas. Yo pienso con el corazón, le dije después a alguien, quizás a Daniela, y entendí que eso era ser impulsivo. Que el capitán Ajab era impulsivo y obstinado y tenaz, palabra que está al borde de terco o testarudo pero que no es lo mismo. Yo era un poco de todo eso. Era como un mar de palabras, como las olas que van y vienen, de repente obstinado, de repente porfiado, de repente sagaz, de repente infantil. Tenía que aprender a usar las palabras como caballos. Domarlas.

—Terminó conmigo anoche.

—¿Anoche? ¿Cómo?

—Cuando salió de clases. Yo la llamé. Hablamos. Le conté todo. Ella sabía lo que había escuchado en el liceo. Me dijo que estaba confundida.

—¿Le contaste que nos habíamos peleado por ella?

—Sí.

—Debe sentirse en Camelot. ¡La reina y las espadas! ¿Cómo se te ocurre?

Damián había leído la historia del rey Arturo y su rivalidad con Lanzarote que terminó destruyendo a los caballeros de la Mesa Redonda. Lanzarote le había quitado a su mujer. Yo era el rey Arturo, claro. No sé cuál quedaba como idiota, si el traidor o el traicionado. ¡Qué indignación! Veía a Daniela y de solo pensarlo me ponía colorado.

—Lo que más le gusta es cómo hablas.

Lo miré de reojo. ¿Me seguía tomando el pelo?

—De verdad —se iba hacia la puerta— a las mujeres les gustan tres cosas: que les hablen distinto, que las hagan reír y que las saquen a bailar. Eso me lo enseñó mi madre. Pero sobre todo que les hablen distinto.

Salió. ¿Qué se creía dándome lecciones de cómo se seducía a Daniela? ¿Me daba paso abierto ahora que él quizás qué cosa había hecho con ella? Pensé en eso. ¿Qué había hecho? ¿La había tocado? ¿Habían hecho el amor? Sentí celos. ¡Celos! De eso no sale nada en *Moby*

Dick. Lo único parecido era la rabia cetácea arremetiendo contra el *Pequod*.

No pude estudiar una línea del famoso Renacimiento. Llamó Claudia y antes que me preguntara nada le dije: «Tienes que enseñarme cómo se besa y cómo se acaricia a una mujer y qué se hace con ella y cómo se sabe si es virgen».

Creo que le dio como risa. Yo no le encontraba lo gracioso por ninguna parte.

—¿Qué te pasa?

—Tengo celos —le dije.

Esa tarde me la pasé escuchando canciones repugnantes, románticas, melosas. Me salvó *Angie* de los Rolling Stones que igual es un bolero. Tenía todavía ganas de pegarle a Damián. Y me moría por Daniela. Y quería jugar ese maldito partido.

Cuando llegó mi madre venía nada menos que con papá. Miré por si venía la enfermera, ya que andaban por todas partes de a tres como si a nadie le hubiese afectado nada, pero estaban solos. O sea, los dos, pero nunca como antes.

—Hola, hijo.

Me besó mi madre y luego mi padre. Mamá le preguntó a mi padre si quería tomar algo y yo sentía que alguien me había puesto alucinógenos en la leche. Papá se sentó en la sala y mamá me sirvió un vaso de jugo. Otro, no sé si sin o con droga. Ella sabe lo que tomo siempre. Yo miré el vaso desconfiado. Había oído de madres que le ponían a sus hijos sedantes en las bebidas, cosas así, en el colegio pasaban. Un compañero de un curso superior descubrió que el padre le cortaba mechones de pelo mientras dormía y le hacía exámenes para ver si consumía cocaína. La guerra padres e hijos estaba durísima. ¿Iba a soportar una de esas largas y agotadoras batallas? No, yo no era de los que gritaba: «no me escuchas», «nunca me tomas en cuenta» o «jamás me has comprendido». Eso era de niñas. Podía ser cierto y lo he pensado. Pero igual, tengo mi orgullo.

—Tenemos que hablar de hombre a hombre —me dijo.

«No puede ser», pensé, «todos los padres son iguales. Típica idea de mamá. Vi toda la escena completa. La vi». Los dos sentados en un café. Mamá saca un cigarrillo y papá le dice que el tabaco le hace mal. Ella le dice que está muy nerviosa y que la deje fumar, que esta vez nada más. Él le dice que bueno, que fume uno solo no más. Mamá (con cara de preocupación):

—Esroy muy preocupada por Ismael. Creo que no has hablado suficiente con él. Papá (a la defensiva):

—Siempre hablamos. Tenemos una buena comunicación. Somos casi más amigos que un padre y un hijo. Mamá (con su tono de profesora de liceo): —Por eso mismo. Hay que ponerle límites, los necesita.

Papá (mosqueado): —No empieces con esas cosas... Mamá (definitivamente en tono de sermón): —Ismael necesita sentirte cerca pero con autoridad. Te has alejado mucho. Lo consientes mucho. Ya viste lo del bajo eléctrico. No sirvió de nada. Tienes la mano demasiado blanda. Encima te endeudaste.

Papá (confundido, atrapado en sus buenas intenciones, furioso con mamá pero definitivamente culpable conmigo):

—¿Tú crees? Mamá (definitiva):

—Tienes que hablarle de hombre a hombre. Papá (preguntándose qué será eso, nunca lo tuvo tampoco, ningún padre le habla a su hijo de hombre a hombre, es imposible, antinatural, ridículo): | —¿Hoy mismo?

* ' , Mamá (categórica): V' X —Hoy mismo.

Me lo veía venir. Papá llamó a su enfermera separada y se vino con mamá a casa. Le tocaría después a él la escena de celos. Me daban ganas de contarle que yo hoy había conocido los celos y podía empezar a entender muchas cosas.

—Cuéntame lo que pasó, de verdad, sin censuras ni miedo. No hay castigos. Ninguno. Ya le dije a tu

madre. Quiero saber y no quiero ni juzgar ni castigar. ¿Está claro?

Lo miré de lado como miran los loros. Mi padre estaba sereno. Sereno y preocupado. Pensé en el poder de la presencia de Claudia. Quizás ella movía los hilos de todo.

—¿Claudia les contó algo?

—Claudia, sí, efectivamente, estuvimos los tres conversando sobre ti. Tu madre —se rió— está de los nervios y creo que todo es más fácil de lo que parece.

—¿Fueron al liceo?

—Tu madre trabaja en el liceo.

—¿Y por qué no está aquí?

—Porque quería conversar a solas contigo.

—Nunca lo hacemos.

—Lo hemos hecho, muchas veces. Cuando íbamos al fútbol, cuando salíamos a mirar libros o discos.

—Papá, hablabas solo.

—Probablemente. Pero echaba de menos hablar a solas contigo. No quiero irme ni de compras ni a comer nada ni al cine. Y encima estás en un problema que, de acuerdo a todos los antecedentes, es injusto y es arreglable.

¿Le habían lavado el cerebro? Lo miré raro otra vez. Aunque pensaba que era muy bueno que los padres te sorprendieran, que hicieran cualquier cosa con tal de no ser predecibles. Estaba «pensando». Como en el amor, nada de ser mecánicos. La irritante lección de

Damián me hacía desconfiar. Todo era juego, incluso decir la verdad, hasta ser honestos, hasta ir a buscar lo que más quieres.

—Cuéntame.

Le conté que me había enamorado y mi mejor amigo se había metido con ella y que yo le había pegado un puñetazo en el baño de hombres del liceo y él, en un acto estúpido de hidalguía, había sido igualmente castigado por el Zorro con la suspensión del colegio y del partido.

—¿Estás enamorado?

No contesté. ¿Qué le importaba a todo el mundo si yo estaba o no enamorado? Me lo habían preguntado creo que seis veces en menos de veinte y cuatro horas. O me preguntaban eso o si había fumado marihuana. Preguntas típicas, predecibles. ¿Me iban a decir que a todos les pasaba eso? ¿Qué era «estar enamorado» para los demás? ¿Mi padre «estaba enamorado» de la enfermera y por eso se había separado? ¿Mi madre «estaba enamorada»? ¿Por «estar enamorado» uno podía perder la razón, pegarle a un amigo o traicionar al otro? Señor, dame tu fortaleza.

—Mañana vuelves a clases. Tienes la autorización.

—No quiero ir, hay partido y no quiero verlo.

—Tienes que estar ahí. No le falles al resto por tu obstinación. Tienes rabia y tienes razones para tener rabia. Pero no le falles.

¿De dónde saliste, padre reconvertido a la autoridad? Sentí cariño por él. Un cariño que no sentía hacía tiempo. Creo que alguna vez, durante varios años, fue así. No sé si pensé con mucho detalle qué había sucedido con él, con mamá, con Claudia. Lo sentí como un soberano, como el capitán del barco, pero no un loco testarudo como el capitán Ajab. Estaba tranquilo, diciéndome cómo se arreglaban las cosas. Algo de eso me gustaba. No arreglaba nada con Daniela ni con Damián ni con el partido. Pero tenía algo bueno. Era como tener papá de nuevo. Y eso tenía mejor sabor.

Se despidió de mamá y de mí. Mamá no me regañó ni nada. También andaba aliviada. Daba suspiros de más y no me miraba mucho a los ojos, como hablando lo técnicamente necesario, pero era mejor. Yo pensé si los lobotomizados tenían cura.

—¿No estoy castigado?

Ella hablaba mientras preparaba la cena. No me miraba pero la voz era amable.

—Ya oíste a tu padre. Se levantaron todos los castigos y mañana vuelves a clases.

Era casi como tener casa completa de nuevo. Casi. Aunque no fuera a jugar. Miré el bolso con mi equipo de fútbol. Como cábala, como superstición, nunca lavo la camiseta hasta que perdemos un partido. Con Leo y Teo habíamos sido imbatibles. La camiseta olía a rayos. Mi madre me había obligado a envolverla en una bolsa de plástico. Confieso que la abría de vez en cuando para

sentir el acre aroma de mis triunfos. La abrí ligeramente y me metí a la cama. Me daba una pena enorme no jugar al otro día y tuve que sacar la camiseta del bolso. Iba con lágrimas a dejarla al lavadero cuando pensé si acaso estaba traicionando mi promesa ante no sé qué dios imaginario. A san Wanderers del puerto de Valparaíso, al santo patrono de mi abuelo de Playa Ancha. Al mar. Volví a mi habitación con la verde insignia de los míos. Mi madre me vio pasar.

—¿Qué cosa es eso? —preguntó. El olor llenaba la casa.

—Nada. Yo, soy yo, nada más —le dije.

Otras veces hubiera hecho lavar inmediatamente la camiseta. No dijo nada. Medité si quizás un puñetazo bien entendido ponía las cosas en su sitio. O si hablar las cosas enmendaba el desmadre del puñetazo. Dormí triste de todas maneras. Muy triste.

de perros.

Primero la vergüenza al reencontrarme con Daniela. Me miró y me pestañeó hasta las cejas y pude apenas sostenerle la mirada.

Segundo, el cruce con Anahí que me preguntó si me había acordado del disco y no me había acordado de nada. «No importa», me dijo y no sé qué le pasó.

Tercero, Damián en clases palmoteándome el hombro y diciéndome que levantara el ánimo, igual ganábamos, todo eso.

Cuarto, clases con el Zorro que estuvo más divertido que nunca y habló de cómo la historia podía ser cambiada por la pasión de los hombres y a mí se me puso rojo hasta el pelo.

Y, finalmente, quinto signo de mal agüero, la hora del partido, y aún no era lo peor.

Me senté en una banca al lado de la portería detrás de Péter y me dijo que no me preocupara, que mi apoyo era muy importante. Salieron a jugar y estaba todo el liceo gritando. El campo de futbolito es un terreno eriazoso, seco, tierra pura, no se ven claramente los bordes de las áreas, ni siquiera los límites, pero al entrar se le siente como si fuera el Estadio Bernabeu en una final de la copa de Europa. El fútbol es así, el rocanrol es así, el amor es así, los libros son así, el cine es así, no se necesita que sea lo máximo, es ya lo máximo dentro de uno. Esa misma magia me gustaba y también en ese momento me ponía triste.

Sonó el silbato —arbitraba el Zorro, ¿quién más?— y jugaron el balón. Mi equipo debilitado, francamente replegado sobre el área. Un minuto y la pelota dio en el travesaño a un puntazo tremendo de Be. Eran buenísimos. Nos iban a ganar. Ba hizo el primer gol, el agujero dejado por Damián en el centro del campo era notorio, fue un par de pases entre Be y Bu y la pelota para Ba solo delante de la red. Solo, al alcance de la mano. Casi entré a la cancha a pegarle. El segundo fue un tiro libre del mismo Ba. Muy bien ejecutado. Lo iba a

matar. íbamos perdiendo dos a cero y apenas iban cinco minutos.

En eso me tocó Damián el hombro. Me di vuelta con rabia. ¿Otra vez? ¿Perdiendo?

—Vamos a camarines —me dijo—. Podemos jugar. Nos levantaron el castigo.

No alcancé a decirle nada. Cuando me levantó del brazo hubo otro golpe en el travesaño y la gente nuestra estaba cabizbaja, de muerte. Daniela me siguió con la vista. Damián la saludó y nuestros seguidores lanzaron su proclama: «¡Verde que te quiero verde! Ladra pero también muerde». Una idea de Damián, poetas de la tierra de su abuelo.

Yo iba detrás de él como un muñeco.

—¡No tengo bolso ni ropa ni nada!

—¡Los tengo yo! ¡Tonto! ¡Vamos perdiendo!

Los camerinos son una caseta con una ducha. No se imaginen más. Este es un liceo del barrio sur de Santiago y tiene lo que se puede. Huele a humedad y nos vestimos con la velocidad con que pudimos. Pero era mi día de perros.

—¡No tengo camiseta!

—¿Cómo no vas a tener camiseta?

—No está la bolsa de la camiseta.

—Pero si siempre traes la camiseta.

—¿Quién trajo mi bolsa?

—Tu papá. La tuya y la mía. Me dijo que habló con el Zorro y decidieron que no era justo...

—¿Lo sabía ayer?

—No sé desde cuándo lo sabía... Lo único que sé es que vamos perdiendo...

Estaba vestido completo. Se hacía los nudos de las zapatillas mientras yo protestaba en calzoncillos.

—¿Quién se cree mi padre? ¿La justicia misma? Claro, mi madre ha oído la camiseta. ¡La ha lavado!

—¿Que tiene que estar sucia! Solo se lava si perdemos.

—¿Eres supersticioso?

—Soy supersticioso.

No lo van a creer pero se detuvo a mirarme como si yo fuera un marciano o un aborigen o un miembro de una extraña secta.

—¿Crees que lo irracional controla el devenir de los acontecimientos?

Cuando me hizo esa pregunta sentí un grito de gol en la cancha. Eran los azules, seguro.

—Yo me voy —dijo Damián.

—¿Por eso vino el descerebrado?

—¿Cuál descerebrado?

—Mi viejo. Está allá afuera, mirándome, como si fuera el jardín de infantes.

—Él nos trajo los equipos. ¡Vamos!

—Pero él no domina mi vida, Damián...

—Por mí que domine cualquiera, Dios, Zeus, el

Gran Maestro o Zaratustra, tu padre ti ojalá el mío. Lo que hay que hacer es dar vuelta un marcador indignante.

—¡No quiero jugar!

No me oyó. Estaba corriendo hacia el campo. Oí cómo lo aplaudían cuando pidió el cambio. Me quedé solo, absurdo, haciendo una especie de Hamlet que meditaba de un lado a otro del camarín. Hamlet es una historia buenísima, mi tío Juan me prohibió verla en video con Mel Gibson haciendo de Hamlet pero la alquilé igual. Tenía razón, era como un pistolero meditando y no un príncipe culpable por la aparición del fantasma de su padre.

Mi padre se me había aparecido a mí también. No me di más vueltas. No quería ser Hamlet ni menos terminar como esa obra, con todos muertos, como si fuera una película de gánsters. Yo le dije a mi tío: Hamlet es una película de Tarantino y me dijo que sí, que podía haber sido. Pero que Shakespeare era mejor. Shakespeare es el que escribió Hamlet para teatro. Era actor también y ahora muy famoso a pesar de que se murió como hace cuatrocientos años. Yo quería ser más Shakespeare que Hamlet, en verdad, así que partí corriendo hacia la cancha.

Efectivamente íbamos cuatro por cero y cuando aparecí gritaron como si emergiera «Corazón valiente» entre los bárbaros. Me sentí inmenso, vigoroso. Quité la vista de donde estaba mi padre y le grité al gordo Muñoz que me prestara la camiseta. Estaba toda empapada pero

no la había usado en todo el campeonato, siempre el pobre en el banquillo, dócil como un perro San Bernardo. Ahora venía yo y le arruinaba su gloria. Me la pasó con tristeza, vino como una vaca galopando hacia el borde del campo y le dio pudor desnudarse de la cintura para arriba. Los Tres Cerditos le gritaron de todo. Me silbaron por mis costillas desnudas.

Daniela me aplaudía frenética. Debe haber algo fuerte en eso de entrar de mano de una mujer al campo de juego. Es lo máximo. Como un caballero andante cuando le ponían el pañuelo en la lanza. A lo mejor es machista como dice siempre mi hermana, pero yo creo que es lo mejor. La saludé con la mano «seduciendo», al estilo Damián, mirándola sin enrojecer, orgulloso y me lancé sin ni siquiera precalentar. Los azules cayeron en picada. Será eso que llaman los comentaristas de fútbol (según mi tío Juan usan apenas cien palabras de un idioma de varios miles) «el efecto psicológico» de la llegada de Damián y mi entrada con la enorme camiseta del gordo Muñoz colgándome como un poncho. Arremangados los brazos ya parecía más humano.

La primera pelota salió de Ramón hacia atrás buscando a Damián. Una jugada que habíamos dibujado en las servilletas del quiosco del patio. Damián levantó la vista y buscó a Teo con la mirada pero con la pelota buscó a Leo. La mirada de Damián desconcierta a todo el mundo, le he dicho. Yo entendí que tenía que entrar corriendo, cruzándome tras las espaldas de la defensa

que iba hacia Teo primero y luego hacia Leo. Cuando se dieron cuenta de que Leo era el dueño de la pelota ya era tarde, un golpe de guadaña de Ba intentó derribarlo, pero Leo solo necesitó pisar el balón, cambiarlo de posición y verme libre para colocármela justo un metro delante. Alcancé a mirar a los ojos al portero. Chuby, un sujeto odioso, al que solo le agradecía tener más espinillas que yo. Hice amago de fusilarlo pero se la puse suave, por entre las piernas, lo peor que se puede hacer a la moral del guardapalos.

No había tiempo para abrazos. Lo más hermoso era el gol, la factura tejida, eso que las chicas no entienden y que no les permite comprender por qué uno prefiere ir al estadio que ver los partidos por televisión. Mi abuelo, mi padre, siempre me mostraban lo que hacía el resto del equipo, los que no tenían la pelota. Mi tío Juan me lo ponía en sus palabras aunque jamás pisó un esradio: «se trata de controlar el futuro, eso es el movimiento, lo que viene, lo que vino, lo que va, los tres tiempos del mundo, algo se destruye, algo se conserva, algo emerge, todo eso lo tienes que saber y, al mismo tiempo, saber que no podrás nunca saberlo del todo».

Esa sea tal vez la maravilla de acertar, de cambiar de marcha sobre el piso de la cancha como lo hacen Pigo o Rivaldo o Djalminha, esos súper jugadores de la tele, como se ve a un bailarín, como lo hacen los dedos de un músico punteando sobre el mástil de la guitarra,

eso era el arte. ¿Se hacía también eso con el cuerpo de una chica? ¿Como con la pirula? ¿Todo era un instrumento del tiempo?

- El segundo y el tercer gol los hicieron entre Leo, Teo y Ramón. Como que el equipo de los Tres Cerditos se dejó caer sobre mí, más fresco, y persiguió a Damián dejando libres al resto. Goles de toau,e. hasta uq. ooco.insoportables. Ambos se los dieron a Benjamín que estaba en la raya de gol, esperando, perezoso, para ponerla con el taco, como si no estuviéramos perdiendo, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo por delante y nuestra ausencia hubiese sido unos puntos de ventaja, un hándi- cap, como dicen los golfistas, para emparejar el desnivel. Lo del hándicap no lo he escuchado nunca. Lo he leído. Lo hacen también los tramposos del pool cuando son demasiado buenos. «Te doy cuatro, seis, ocho bolas de ventaja». Y uno se siente peor.

Se venía el entretiempo y Leo me tocó una pelota que me pillaba solo al borde del área. Habían sido cinco minutos de locura y nuestra hinchada hacía una suerte de batucada a la brasileña. Yo me sentía negro, todos éramos negros, repetía en mi cabeza las formaciones de equipos brasileños que me hacía repetir mi abuelo. «Los grandes jugadores son sudamericanos o latinos», me decía, «en el futuro se mezclarán con los negros y serán mejores, Bec- kenbauer es una rara excepción, nada más». Mi padre le reclamaba por Johann Cruyff y los

holandeses. «Pueblo de piratas y marineros, de traficantes, todos mezclados, al final será un equipo de negros y mulatos, maravillosos».

El MB Nostromo era Brasil, Holanda, Alemania, Argentina, Italia, Uruguay y lo mejor de Chile juntos. Mi padre calculaba el equipo ideal de nuestro país si hubieran vivido al mismo tiempo como seis generaciones. Y agregaba a Teófilo Cubillas, el peruano. «Era negro», sentenciaba mi abuelo. «Un genio».

Yo era negro cuando me di vuelta hacia la portería con la pelota pegada en el pie, imantada, qué feliz iba, supongo que parecía alguien especial, me sentía alguien especial, tenía la pirula larga y era hermoso, era un ángel yo, volaba. Bailé a alguien que olía como cerdo y vi la cara de Chuby. Pensé: «Esta vez lo fusilo». Cargué cual un asesino.

Dicen que eché la pierna hacia atrás para ciarle con todo y ahí vino Be del suelo, como una máquina cosechadora, y la confianza excesiva en mí mismo no me dejó verlo. Debí haberlo saltado, quizás fue la codicia, no querer mover el balón un poco y dejar pasar su intento de asesinato, quizás Chuby me había hipnotizado, pero cuando mi pie chocó con algo no fue con la pelota sino con la pierna de Be, con su canillera, con algo que se opuso a mis sueños. Como un rayo, otra vez. Vi el suelo, sentí el ardor de la piel en las rodillas, las manos rasparon la tierra arrancándome la piel de las palmas. Caí de bruces y me torcí por el propio peso de

mi cuerpo. El traidor de Be se retorció. Si no estuviera mareado me hubiese levantado a gritarle. Sentí la trifulca alrededor mío. Pedían penal, se insultaban. La voz del Zorro vencida, ya nadie oía el silbato.

«¡Se suspende el partido si siguen discutiendo!», gritaba. Be tenía la pierna rota, es decir el peroné, un hue-secito flaco. Se lo había roto yo en pleno disparo de gol. No se sabía si era falta penal o no. No me interesaba. Entre las caras y el sudor y el polvo y la sangre vi la cara de mi padre.

—¿Cómo estás?

Venía con la enfermera. Cada cosa que hacen los adultos. ¿Por qué traía a la enfermera? Y más encima diciendo: «Soy enfermera, soy enfermera», como una ambulancia. Examinó mi pie y le dijo a mi padre que no me preocupara. Cuando tocó a Be, el chanco dio un alarido. «Tiene una fractura», diagnosticó.

—¡Trató de matarlo! —gritaba Ramón. Teo y Leo hablaban con su madre. Las orejas les ardían, coloradas de furia.

Mi padre discutía con el Zorro. Que tenía que expulsar a Be, que no bastaba con pedir el cambio.

—Es un accidente.

—Es una falta descalificadora.

—No me diga cómo tengo que arbitrar, por favor.

—Solo le digo que no sabe arbitrar, esto es penal y expulsión inmediata sin derecho a cambio.

—¡Queda expulsado de la cancha! —le mostró el Zorra la tarjeta roja a mi padre.

Mí padre se rió como nunca lo había visto. No, no es cierto, así lo recordaba.

Pues no me salgo de la cancha.

—Voy a verme obligado a expulsar a su hijo entonces.

—Yo no puedo permitir que lo traten así, ese muchacho casi lo mata metiéndole la pierna de «manera a- se-si-na».

—¡A-se-si-no! ¡A-se-si-no! —gritaban las huestes del MB Nostramo.

El Zorro bufaba. Be estaba «siendo atendido al borde del campo», de esas cien palabras de los relatores deportivos mientras a mí me llevaban Teo y Leo al otro rincón. Su madre estaba con Be. Tenían que llevarlo a Urgencias, sacarle radiografías e inmovilizarlo.

—¿Puedo seguir jugando? —pregunté. Yo quería seguir jugando.

—Puede tener un esguince —le dijo la madre de Teo a mi padre. Venímie vuelta mientras algo pitaba el Zorro.

—¿Dio el penal?

—No.

—¿Lo expulsaron?

—Tampoco.

—¿Qué cobró?

—Tiro libre.

El Zorro ordenó a todo el mundo y Damián lanzó el balón con curva. Chuby se lanzó y la agarró feroz. Seguíamos un gol abajo. La madre de Teo y Leo me vendaba el tobillo.

• —Tiene que seguir jugando —le dijo a mi padre. A la noche tendrá el pie como una remolacha pero tu hijo tiene que estar en el equipo.

Me sorprendí por la fiereza de la mujer. Mi padre la miraba vendarme y después me miraba a mí.

—Sin miedo —me dijo.

¿Miedo a quién? Yo no tenía miedo. El quizás tenía miedo.

Sonó el silbato del Zorro y el MB Nostromo se juntó a un lado del campo. Damián capitaneaba, pero entró nada menos que mi padre. Ordenó el equipo y dijo que íbamos a entrar con tres atrás y que yo iba de lateral derecho.

—Nunca he jugado de lateral derecho.

—Te metes arriba y te rompen la pierna. Sé lo que te digo.

—¡Papá! Este campeonato es de los alumnos.

—¡Y yo soy tu padre!

Igual miró a Damián y Damián le dijo al resto que se hacía la voluntad de mi viejo. Insoportables. Nos separamos y me fui al grifo a tomar un poco de agua. El pie no me dolía. Rengueaba un poco, cierto, pero no era nada del otro mundo. Los azules habían hecho un cam-

bio y estaban arriba en el marcador. Pero quedaba un tiempo completo.

Se me acercó Daniela. Preciosa. Pensé que era una suerte no estar usando la camiseta hedionda de la cá-bala, pero también pensé que por eso íbamos perdiendo. Me dio un beso en la mejilla.

Daniela, no la olvidaré nunca.

—Si ganas serás mi pareja.

Me dio un beso suave en los labios. Como una mariposa. Suave, incandescente, una brisa. Nunca nadie me había dado un beso así. Necesitaba que Claudia me viniera a ayudar. ¡Instrucciones urgentes! ¿Qué hacía si esto continuaba? ¿Si ganábamos el partido? La busqué. Solo estaba mi padre, gritando planteamientos, jugadas preconcebidas, tácticas. Esto prometía ser inaguantable.

No miré al Zorro. Nos dimos aliento y los verdes salimos a la cancha. Estuvimos diez o quince minutos trabados entre ambos equipos en el mediocampo. No sé si era la táctica de ellos o la de mi padre pero todos los balones eran detenidos en la mitad del campo. De pronto se fugó el sustituto del cerdo de Be, Ortiz, un bueno para nada y yo le grité a Damián que era mío, chocaron los pies con la pelota y sentí el tobillo de lana. No pasó nada. Le mentí a mi padre. Estaba cojo, absolutamente cojo.

Ramón hizo una de las suyas y empató. Ba lanzó de lejos y yo no pude llegar. Estaban arriba cinco tantos sobre cuatro. Yo no llegaba. No podía pisar firme. Sentí el miedo a frenar un avance de cualquiera de ellos. La

podía jugar bonito, se la tocaba de inmediato a cualquiera. Benjamín me venía a cubrir. ¿Cuánto quedaba? Tribilín Gómez no dejaba que se me acercaran. Ellos se agruparon atrás y Benjamín, el diminuto, me lanzó una pelota fácil, pude avanzar mientras todo parecía una barrera azul. Tardé en pisarla. Damián pisó el acelerador y se metió en diagonal como una flecha. Me saqué el miedo al dolor y levanté el balón sobre la franja de cabezas. Damián saltó por encima de las manos de Chuby que no veía nada. La pelota cayó blanda. Damián hizo un gesto de salmón en el aire, se sacudió como una fusta y le dio con el costado de la frente hacia abajo, a la derecha del arquero. Empatábamos.

—No puedo más —le dije a Ramón. Pidió el cambio. El gordo Muñoz estaba duchado y vestido. Se empezó a desnudar ahí mismo. No le importó nada. Feliz, infinitamente feliz de estar otra vez en el cielo de la cancha. «¡Dos minutos!», gritó mi padre y el Zorro levantó su mano marcando cuatro. «¡Hay descuentos!», le contestó a mi viejo. Esto ya era una batalla personal. Me senté con nuestro otro suplente. Mi padre lanzó al gordo atrás y le hizo gestos a Damián para que subiera. Algo le sopló al oído al gordo. Nunca más sería el gordo Muñoz. Héroe. Obelix, Hércules, el Hombre Masa. Mi viejo sabía mandar. Fue simple: Péter, el gordo y la distribución de Damián hacia las puntas. Ramón y

Benjamín encima de sus defensas, Tribilín Gómez con Muñoz, dos centrales. Péter era el tercer defensa.

—¡Que no suban nunca! ¡Nunca!

Era la guerra, la declaración de guerra. Daniela me tomó la mano y alguien me cubrió con una toalla. Los cuatro minutos más largos de mi vida. Le gritaron de todo al Zorro: chupasangre, vendido, traidor, marica, hijo de puta. Nos odiaban. Hasta que me di cuenta que estaba preocupado por mi tobillo. Entonces me levanté y me apoyé en Daniela.

—Llévame donde mi padre —le dije. Rengueaba como un herido de trincheras. Era show pero también era juego. El Zorro no vio un patadón de Damián a Ba. Los azules se fueron encima del Zorro. El se sentía culpable. La jugada fue genial. Tribilín en el área y Bu al suelo con todo lo hizo darse dos vueltas sobre sí mismo. La sangre llama a los cerdos. Penalty kick, como decía mi abuelo.

Esa fue de película. Damián poniéndola sobre la árida tierra del campito de fútbol del liceo y Chuby más nervioso que nadie. No, Damián no fallaba en las grandes ocasiones. Levantó la mano para saludarnos. A Daniela, a mí y también a mi padre. Mi viejo lo había adoptado. Le levantó el pulgar hacia arriba. Tomó distancia y miró a los ojos a Chuby como si ya supiera todo. Corrió hacia la pelota.

En cámara lenta, como bailando bajo la lluvia, como paseando. Un solo golpe, perfecto. Chao, Chuby. Ganamos 6 a 5.

El primer beso de amor de mi vida me lo dio Daniela y me enseñó todo porque, seguro, ella sabía todo. Nunca me animé a preguntarle si Damián se lo había enseñado a ella porque me daban celos. Yo ahora sabía besar y me había dejado ir en su boca pequeña y dulce y cuando sentí su lengua entre mis labios más entreabiertos por la sorpresa que por la experiencia, me di cuenta que todo el secreto era ése, la boca abierta, la lengua, la humedad, la tibieza, una ligera inclinación para que no nos perturbaran las narices y el resto algo parecido al baile pero quieto.

Daniela besaba bonito. Dejaba ir y venir sus labios desde su boca. Se despegaba y se volvía a pegar como un fuelle. Yo no hice nada. No me fui encima como un sello ni me despegué. Dejé que ella me besara. Eso sería seducir, pensaba. De alguna manera yo era el ganador, cojo, pero el ganador. Y era el novio de Daniela.

Ibamos a la final y ella me decía a mí: «Te quiero tanto, Isma».

Creo que esa fue nuestra primera pelea conyugal.

—Me llamo Ismael, ¿sabes? —no quería que me llamara como Ni. Sobre todo ella.

—Para mí serás siempre Isma, ¿sabes?

Y la perdí. El partido no, pero la discusión sí.

Ahora me pueden llamar Isma. Durante todo el tiempo que anduvimos juntos con Daniela fui Isma. Fueron como cuarenta días pero fueron largos y la quise mucho. Todos me dijeron Isma y no me molestaron los Tres Cerditos. Lo único desagradable fue andar con una bota ortopédica de plástico que me sujetaba la pierna lesionada por dos semanas. Efectivamente no tenía fractura pero todos los ligamentos se habían torcido. «Es un esguince», le dijo la enfermera a mi padre y después mi padre a mi madre. «Es un esguince», decía mi madre y me cuidaba en casa y Daniela iba a verme a cada rato y hasta me iba a buscar y a dejar con el auto de su madre. Daniela no me dejaba juntarme con Damián y Ramón y tuvimos que suspender los ensayos de *Moby Dick*.

Esa fue nuestra segunda pelea conyugal.

—Estamos grabando un demo —le dije.

—Tenemos que ir al cine —no me oyó siquiera—. Además tienes un esguince.

Y yo le hacía caso. Pero es que me besaba. Y tomábamos té y pasteles en su casa y, sobre todo, veíamos *Friends* y mil comedias más en el canal Sony. Siempre veíamos el canal Sony. Tenía capítulos grabados que se sabía de memoria. Me preguntaba a la segunda vez que yo los veía qué frase o chiste nos esperaba. Hasta que yo también me los aprendía. Cuando iban a comerciales me besaba y me besaba. A ella la llevaban en automóvil a todas partes. Era divertido. Sus padres, mis «suegros»

como se autotitularon, me regalaron hasta unos jeans de marca.

«Casi no te vemos», bromeaba Claudia. Mi madre estaba contenta. Para huir de *Friends* yo exigía que estudiáramos, lo único que podía vencer al canal Sony. Los padres de Daniela querían que ella fuese una profesional universitaria y no sé si eran católicos. Nunca iban a misa, pero se persignaban cuando el auto pasaba delante de una iglesia y yo prefería ni preguntar. Estudié esos cuarenta días por todo el año. Yo creo que no soy tonto, mi tío Juan dice que soy sobresaliente, y Daniela me decía que era un genio antes y después de darme los besos más gordos de mi vida. Me mojaba en los pantalones y me daba vergüenza que ella o «mi suegra» me viera todo mojado. Por eso me encantó usar jeans o pantalones negros: no se notaba.

Tuve que inventar un resfrío para ir a ver a mi tío Juan. Se rió mucho con mis historias y creo que ahí fue que me dijo que escribiera un diario.

—Te ha pasado de todo. Y lo cuentas divertido.

—No es divertido —le dije. Era emocionante, era difícil, en cualquier momento Daniela me iniciaba sexualmente y yo no sabía mucho. Necesitaba leer.

Ya he dicho que mi tío Juan solo cree en el arte, en las novelas y en la poesía. Me prohibió todo manual sobre la sexualidad adolescente. «Las mentiras de la ficción explican mejor que las supuestas verdades de los hechos», subrayaba. Me hizo leer el capítulo 7 de

Rayuela de Julio Cortázar. Casi me mojé como cuando me besaba Daniela.

—No te ruborices —me dijo.

Me señaló novelas que me iría entregando poco a poco. «El mundo del erotismo es amplio, cenagoso, suave y también rudo». Yo le pregunté qué era eso y ahí se quedó pensando hasta que me prestó *La llama doble* de un señor mexicano, Octavio Paz. No era una novela ni una poesía. Hablaba más raro que el tío Juan.

—Es muy difícil para tu edad pero ya estás en la edad de las cosas difíciles. No es ni el sexo ni el amor lo que te enseña tu Daniela besadora, es el erotismo, la doble llama del cuerpo y el alma —y me mostró el libro.

Supongo que eso es la vida, cosas difíciles. Pero cuando estás enamorado y te aman, la verdad, esos cuarenta días de gloria, nada te parece difícil. Nada. Bailaba en las fiestas aunque estuviera con muletas y después estaba seguro de que el mundo sería igual, puro amor.

Como a la semana pensé que me iba a casar con Daniela y le hablé sin el menor pudor. Ella lo único que me pidió es que no quería quedar embarazada antes de casarse y quería casarse de blanco como una prima que se casaba después de los exámenes. Me alcanzó a presentar como su novio a la prima y sufrí un poco pensando en la boda y todo eso. Nó me apetecía mucho, francamente. Hubo cosas que no entendí pero con Daniela se hablaba lo que ella permitía y si así las cosas funcionaban, así era.

Durante cuarenta días funcionó. Hasta tuvimos un cumple-mes con café helado. Esa tarde estaba rara. Yo era feliz y ella no. La tarde anterior habíamos hablado de tener niños y perros, de lo que iba a estudiar y todo. Hablaba ella y yo le decía que sí.

Esa tarde estaba mustia.

—Estoy confundida —me dijo.

Yo no entendía mucho. Creí que se refería al capítulo de *Friends* por escoger. No, era por mí. Peor.

—Es sobre nosotros, Ismael.

¿Ismael? ¿No me llamaba Isma?

Las cosas difíciles. El año de la ballena. Nunca cesa.

—Necesito un tiempo sola —me dijo, y se puso a llorar.

Y yo también, pero despacio, hacia adentro, para que ella no se diera cuenta tanto.

No sé en qué número de lecciones voy sobre la vida pero lo cierto es que uno no es insustituible. El MB Nostromo salió campeón en futbolito, ganó tres a uno a un grupo de grandotes que parecían invencibles y yo no estaba ni tampoco mi camiseta hedionda ni mi toque fino ni mi especial manera de hacer cualquier cosa.

Daniela estuvo en la final, ya no era nada mío y, confundida como estaba, lo estaba menos pues se dedicó a alentar a Damián que jugó como un señor del balón. No sé tampoco si es o era o será un señor del balón. Mi tío Juan insiste en que los locutores de fútbol usan muy pocas palabras y que eso es muy peligroso para el cerebro de los oyentes. «Mientras menos palabras tienes menos podrás decir lo que te sucede y estarás más solo en el mundo. El mundo es muy complejo, deberías aprender una palabra nueva cada día y luego tres y luego cinco y luego diez hasta que las palabras fueran más que las cosas y tuvieras algún poder sobre la vida que siempre te derrota».

Cuento lo de la derrota-triunfo o triunfo-derrota no por Damián y Daniela. Esa fue una batalla que no sé

cómo ha de seguir. Mi padre, mi madre, siempre acuden a su infalible «ya pasará». Claudia, por lo menos, noble, me dice que me entiende aunque no tengamos tantas palabras como para realmente saber si nos entendemos de verdad. Con ella lloré a Daniela. A mi padre y a mi madre les mascullé que había terminado con ella y me encerré en mi cuarto. No compuse una canción ni escribí poemas. Mi madre debe haberse preocupado por si fumaba marihuana o me emborrachaba. Como si la tristeza no existiera en sí, solo el extravío. Incluso me percaté que tal vez no estuviera todo el mundo lobotomizado sino solamente triste, sin palabras para salvarse del abismo.

Suspendí las fiestas y me puse a estudiar, cosa que mi madre no entendió para nada y casi —otra vez— me lleva al psicólogo. Claudia algo le dijo. No sé qué pero supongo que entenderían que si fuese por mí no iría al liceo o, por lo menos, a las fiestas donde estuvieran Damián y Daniela, otra vez, confundidos.

La derrota de las palabras fue la de mi tío Juan. Mi silencio coincidió con el llanto de mi madre, los susurros en su cuarto y algo sobre mi tío. Mi madre llora mucho y yo le creo. Yo no sería profesor de castellano de un liceo como el mío y, lo confieso, ya no sé si me gustaría ser mi propio padre. Me levanté despacio y escuché como hablaban de la enfermedad de alguien, un hombre, y a mí se me apretó el corazón en la mano porque pensé en mi padre. Pero era mi tío Juan.

—¿Qué haces aquí?

—Escucho.

—A la cama, a la cama, ya no son horas...

—Pero estás llorando, mamá...

—Mamá, cuéntale...

—¿Ahora? ¿Con todos los problemas que hemos tenido?

—Mamá, no sabemos...

—¿Qué pasa, mamá?

—Ay, Señor, dame tu fortaleza... —y se encerró.

Mi hermana se sentó a mi lado en la cama. La miré con cara de ¿qué pasó ahora?, pero sin rabia. A veces agradecía lo mal que disimulaba su angustia mi madre, otras prefería que hubiese sido más hipócrita. La podía oír suspirando sobre su cama. O estaba rezando un rosario o murmuraba.

—¿Qué pasa?

Mi hermana Claudia ha sido criada igual que yo, con miedo a las palabras, ciertas cosas que no se pueden decir ni escribir ni preguntar. El tío Juan había sido mi mago propio, mi Merlín de los libros y le debía muchas cosas. A veces hasta Claudia se quedaba como neutra. Ella me enseñaba cosas del cuerpo, las mujeres, cómo se baila, qué se acostumbra, pero no podía tampoco contarme lo más sencillo.

—No te asustes pero el tío Juan está enfermo.

Si te dicen «no te asustes», lo único que te pasa es que te mueres de miedo. Lección del mismo tío Juan: «si

dices no, dices sí, cada vez que niegues algo, lo estás afirmando, en la mente no existe el no, no pienses en un pájaro, ¿viste?, pensaste en un pájaro».

—¿Es grave?

—Puede serlo.

Repasé las palabras prohibidas. Esas que nadie dice en las conversaciones, pero en los diarios y en la televisión ponen en caracteres enormes.

—¿Tiene sida?

Claudia me miró raro.

—¿Por qué piensas eso?

Me encogí de hombros. Negó con la cabeza.

—No, no es sida.

—¿Cáncer?

Siempre me he preguntado qué es el cáncer. Qué es el sida. Mi tío Juan me lo explicaría y quizás yo tendría menos miedo. «Para eso se hicieron las palabras, para quitar el miedo, pero, por lo mismo, quitarte las palabras te devuelve el miedo». Quitarte las palabras, para el tío Juan, era no explicarte nada.

—No sabemos—me dijo Claudia—, pero puede ser.

—¿Y lo puedo llamar?

—No, mejor que no.

Los adultos, por una extraña razón, creen que no saber las cosas lo tranquiliza a uno. A mí, por lo menos, me pone los pelos de punta. No te explican, se explican mal entre sí, jamás dicen las cosas como son de verdad,

al final a ti te funciona la cabeza como una batidora y se te vienen ideas siempre peores o, por lo menos, inútiles. Yo creo que es por eso que uno termina fumando marihuana. Cuando no entiende nada.

Esa noche me fui a dormir pensando en un cáncer: no se sabía si era un cáncer y yo no sabía que había muchos cánceres y de muchas partes y ni siquiera-sabía si era del cuerpo o un castigo por algo que había hecho mi tío Juan, tan raro lo miraba siempre mi padre. No pude dormir y durante lo poco que dormí lloré y soñé con mi tío Juan que venía a calmarme y, de verdad, me decía «no tengo nada, no hagas caso de los que saben decirte lo que pasa, no te preocupes». Yo estaba en el zoológico y veía a Damián en una jaula de monos y le decía «mi tío Juan está enfermo» y él me decía, como siempre, «agradece que tienes un tío».

26

Encima los exámenes de fin de año. Los míos, los absurdos, los de la vida. Los de mi tío, los importantes, los de la muerte. Cuánto se estaba muriendo mi tío. Medirle la muerte en la sangre, en la orina, en la respiración, en el fondo del ojo. Me llevaron a verlo al hospital y estaba animoso, pálido pero animoso. Pregunté si podía abrazarlo y me dijeron que sí.

—¿Qué te pasa?

—Tengo unas pruebas alteradas. Nada más.

—Tío, todos lloran. ¿Tú también me ocultas cosas?
Suspiró.

—A ver —comenzó, como quien comienza un cuento, como tantos cuentos de la vida con él, como *Las mil y una noches* que después descubriría que me lo había ido censurando de ciertos aspectos eróticos, como todas las historias del Rey Arturo—, a ver, vamos a ver, tu tío Juan envejece, lleva una vida bastante sana pero excesivamente sedentaria, tiene que cuidarse, algo bebo y algo fumo pero mi edad ya es un riesgo, tengo cierta parte de mi cuerpo aumentada de tamaño y deberán operarme pues tiene mala cara...

Me imaginé sus visceras con cara, así, como personajes. De pronto una dejaba de sonreír. J

—¿Cara de qué?

Suspiró de nuevo..

—De haber crecido no por comer ni por edad, sino por la aparición de las más poderosas células del mundo, las cancerosas-, las que se aparecen en cualquier parte y te van ganando terreno y comiendo más que todas y te quitan la energía del resto. Mi cuerpo, querido Corazón valiente, está en guerra...

—¿El cáncer es la guerra?

—Algo, así, pero dentro tuyo.

Yo sabía lo que era una célula. Todo estaba hecho de células. Hasta los- labios de Daniela estaban hechos de células. En el jugo lechoso de mis orgasmos había pequeñas medio cálidas móviles que buscaban juntarse

con medio células de una chica para hacer un organismo lleno de células e iniciar la batalla de la vida. No me gustaba para nada la idea de que mi tío la estuviera perdiendo.

—Se supone que estas células enemigas siempre andan por ahí y si fumas mucho o estás mayor o no te cuidas o sencillamente porque sí, te atacarán. A mí, yo creo que por la edad, francamente decidieron atacarme. Estoy viejo.

—¿Por qué son tan poderosas?

—Porque no les interesa nada. Nada más que ocupar territorio. No construyen. Son lo más traidoras. No crean, carcomen, son el silencio, son la muerte. Son una prueba de que la muerte también actúa desde la vida. Y de que somos biodegradables.

Me hizo reír. Me dio tristeza. Lo abracé.

—Es un chiste malo —le dije.

—Sí, la vida entera puede ser un chiste malo.

Mi padre entró y me tomó del hombro. Ya lo dije, nunca se han querido mucho con mi tío Juan. Mi padre no lo ha querido mucho. Le dio la mano.

—Cuídate —le comentó.

Mi tío sonrió. Estaba tan extraño, pálido en el hospital color piscina, con esas baritas delgadas que los exponen tanto. Le veía su sobrepeso, sus pelos, el pecho. Movía la cabeza como si estuviese vestido, tan elegante, pero estaba desnudo como están desnudos los muertos. Mi abuelo, por ejemplo,-que lo vi respirar ya sin darse

cuenta de nada, como una morsa, muñéndose frente a un mar en el que no había caso que pudiese ver. Mi padre estaba cordial. No venía con la enfermera. Alguien, mi hermana, me había dicho que trabajaba ahí, en ese sitio. Nos dejaron afuera y salió la familia caminando, casi sin hablarse. Mi padre, casi al llegar afuera, dijo que lo operaban el lunes. Me preguntó si yo prefería faltar al colegio ese día. Mi madre le iba a decir lo contrario. Estaban mis tíos y unos primos. Soy el más pequeño y todos me pasaban la mano por el pelo. Yo miraba a papá.

Ha cambiado mi padre.

—Vamos a estar todos aquí —dijo mi padre.

Mi hermana Claudia me llevó a la última hora del liceo, tenía un examen y era mejor darlo. Me dio un beso, partí y, supongo que bajo el influjo del tío Juan, conté toda la historia de Europa, me lucí con el Renacimiento. Cuando me levanté me percaté de que Damián no estaba dando el examen. Busqué a Daniela que, como siempre se sabe todo, también terminó rápido la prueba.

—¿Qué le pasó a Damián?

Se lo pregunté yo, sin resquemores, de veras.

—Su mamá está muy enferma.

—¿Dónde? ¿Qué le pasó? ¿Cuándo?

Me acordé del sueño.

Me nombró otro hospital. Me dijo que iba con su madre a verlo. Se dio vuelta hacia mí cuando corría hacia el automóvil de mis antiguos suegros. >

—¿Quieres venir?

Claro que quería ir. Yo no quería que se muriera nadie; ¿Por dónde había entrado la muerte al mundo? ¿Tanto? ¿Así? ¿Cuándo?

■: —Sí —le dije. Ya avisaría a mamá'.

Hera un hospital triste. Muy triste. Ni siquiera el tono azul piscina tonto del hospital del tío Juan. No había nadie. No lo dejaban ver a su madre. Estaba encerrada en un cuarto tapado de cortinas donde estaba prohibido pasar y de vez en cuando una enfermera le decía que su mamá estaba bien, todavía inconsciente pero bien. Pero todo era triste. En ese cuarto había otros enfermos, todos graves, llenos de tubos. Gemían, bufaban, sonaban unos pititos. Pensé en mi abuelo. Así era de triste.

En el viaje Daniela, hermosa y perdida Daniela, me había contado el colapso de la madre de Damián, con un corazón enorme y sobrecargado, con la presión alta y la amenaza, cualquier día, del estallido de su sangre. Damián la había encontrado en el piso de la casa anoche, al volver de casa de Daniela, sin sentido y vomitando rojos coágulos en el piso. La había llamado y su madre, la de Daniela, la había traído al hospital en ambulancia. Algo había hablado ella durante el traslado, el nombre del padre de Damián, el nombre del mismo Damián, muchas, muchas veces, y tenían esperanzas. «Es muy mayor», había dicho.

Damián abrazó a Daniela. Mucho rato. Luego me miró y me abrió los brazos. Ese león poderoso y bravo

que era Damián lloró en mi hombro.

—Me estoy quedando solo —me dijo—, que bueno que viniste, que bueno que viniste.

La madre de Daniela fue a buscar al médico para averiguar en qué estaba la madre de Damián. No había nadie más, ningún otro pariente.

—Vienen unos tíos del sur y están avisando a Mendoza. ¿Te conté que mi padre era argentino? ¿Te lo conté alguna vez?

Me palmoteo la mejilla. Sí, algo había mencionado alguna vez, pero qué poco hablaba Damián de sí mismo, casi no sabíamos nada de él.

—Daniela, abajo hay un quiosco. ¿Me traes algo?

Ella hizo un gesto de sorpresa.

—Quiero estar solo con Ismael —le dijo.

Nunca había visto tan obediente a Daniela.

Estábamos solos.

—Mi mamá se está muriendo, Ismael, allá adentro se está muriendo. No tengo a nadie más. A Daniela, a ti. Pero mis tíos me van a llevar de esta ciudad. Quizás vuelva a la Argentina. ¿Nunca te conté qué le pasó a mi padre? Mi madre me hizo jurar el secreto. Pero necesito contarlo. Ella no va a despertar.

—Sí va a despertar —hice el idiota, como todos los adultos. No, no nos quitan un lóbulo, nos dejan impotentes frente al dolor del mundo, de los que más quieres.

—No, no te preocupes. Ella misma me preparó. Me dijo cómo iba a pasar y lo que iba a pasar. No me dejaba tener grandes amigos ni enamorarme. Decía que me iban a llevar lejos y no quería que yo sufriera. Se dio cuenta lo que yo te quería. Lo que quería a Daniela. Ella me dijo: «Vas a sufrir». Por eso quiero que lo sepas.

Damián lloraba, rojo. No dije nada.

—Tuve un hermano. Tuvieron un hijo ellos, mi padre y mi madre. Ofendo estaban los militares en la Argentina desapareció. Se lo llevaron. Joven, chico. Buscaban a mi padre, se lo llevaron a él. Se llamaba igual que yo. Mi nombre, mis ojos, mi apellido. No hay ninguna foto en casa. Ninguna. Las quemaron todas, todas. Mi padre estaba triste, hundido, fatal...

—¿Qué le pasó a tu hermano?

—Se lo llevaron de noche, unos sujetos, un auto, lo tengo aquí como si lo hubiera visto. Me lo han contado y no me lo han contado. Mi madre lo dijo una sola vez, todo, y dijo que ríe hablaría nunca más del tema. Mi hermana Damián no volvió más. No apareció más. Mi madre quedó esperándome. Mi padre no quería tenerme. No aguantó la ausencia de mi hermano. No me esperó. Se fue. Ya no había militares, ya no había nada, no estábamos en peligro. Pero no estaba el otro Damián. Mi madre estaba ya vieja para tener un chico. Y me tuvo. Y mi padre nunca lo supo. Nunca. Se perdió. En un río. Lo encontraron después, Inucho después. Se había lanzado al río. Yo no lo vi nunca. Me crió ella, sola. Me trajo a tu

país para que nadie me contara nada hasta que yo pudiera oírlo de sus propios labios. Y me bautizó Damián. Abrázame, Ismael. Me quedo yo por todos, por ella, por mi padre, por mi hermano...

Daniela volvía con las bebidas.

—No le cuentes nada a nadie. Nada ¿Prometido?
—me susurró mientras ella se acercaba.

Apreté su mano en señal de compromiso.

—A nadie. Nunca, nada —me dijo con los ojos.

Los ojos de Damián. Abrazó a Daniela. Yo me tomé la gaseosa. Vi a la madre de Daniela con el doctor, Sí, estaba aún inconsciente, no sabían cómo seguiría. Los tíos de Damián llegaban esa tarde.

La madre de Daniela abrazó a Damián con una ternura que lo incomodaba. Pero, poco a poco, se fue deshaciendo y aceptándola.

Era un sitio muy triste. Muy triste.

28

^

Mi tío Juan recobró el conocimiento el día lunes después de una operación larga a la próstata que nadie me pudo explicar excepto él mismo (como todo), aunque me dio escalofríos pensar en toda la sangre que

había perdido. Todos mis tíos y mis primos grandes dieron sangre y parecía que mientras iban al hospital mi tío iba rejuveneciendo, como si de alguna manera la batalla se pudiese dar en familia. La sangre de mi padre creo que le hizo especialmente bien, yo mismo quise ir con él y pregunté por qué la mía no servía y me explicaron que era cosa de edad. Yo temía que tuviera algo que ver con la pirula corta. Lo del cáncer, nos explicó a todos mi padre, tomaba tiempo, era caro y necesitaba que trabajáramos unidos.

Hasta mi tío Antonio, que alguna vez bebió mucho, prometió organizarse y al final parecía que había un acuerdo para salvarlo y ponerle rayos y drogas que terminarían con las últimas células asesinas. La operación había sacado «todo» lo que yo me imaginaba como un ataque profundo de las naves del bien al planeta de mi tío Juan. Solo él protestó diciendo que lo enfurecía arruinar a la familia gastándose todo ese dinero en un viejo lector.

Creo que fue mi madre la que hizo que yo le dijera que él era uno de los más importantes hombres del mundo, quizás más que un general o un músico, que yo le haría una estatua en el patio de mi cabeza. A la semana estaba en casa, esta vez viviendo todos juntos en la casa llena de libros y, efectivamente, si no es por mí, se lo pasaba enfurruñado, preguntando por tal o cual volumen y no sabiendo-cómo agradecer cualquier

gentileza. A mí me lo aguantaba todo y lo único que insistía era en hablarme de su herencia.

—No te pierdas, tengo muchos cuentos que contarte.

—No te mueras —le decía yo—, que tengo que ir al liceo y a la universidad y tengo que leerme todo lo que tienes en tu biblioteca. No tiene gracia si no estás.

—Los libros unen a la gente para siempre —me maldecía—, ya no te libras de nadie, están todos esperándote, abres un libro y aparecen.

Eso le sucedió a mi tío Juan.

SÍ-

La madre de Damián no recuperó jamás el conocimiento. Trece días después de la operación de mi tío, en la tarde de un sábado cuando yo le había mentido a mis padres para estar con Daniela y Damián en la sala de espera del hospital más triste del mundo, salió de la sala de las cortinas una enfermera a decirnos si había algún pariente de la señora Almudena y Damián se levantó y dijo «soy el único». Daniela, que sabía que era mentira, llamó a las tías que andaban abajo. Eran dos solteronas muy amables, pequeñas, mucho más arrugadas que su hermana, con un cerrado acento del interior. Yo sujeté a Damián pero no pude evitar que pasara y estuviera con su madre en sus últimos minutos. Damián dice que le insistió que se cuidara pero que no pudo saber a qué Damián le hablaba, si a su hermano, o a él. No me hizo

caso cuando le dije que era a él, a nadie pero a nadie mis. Se sentía la sombra de su hermano muerto, el hermano que su padre buscó en el fondo del río. Sus tías alcanzaron solo a oír los estertores de su pecho, la baba, el resuello de animal de los agonizantes. Daniela se tapó los ojos y dio algunos golpes en el piso del corredor del hospital más triste de mi vida.

Damián no volvió al liceo. A estudiar, por lo menos. Le aprobaron los exámenes y lo dieron por ascendido al nivel superior. '

El funeral de su madre fue pobre, tan triste como su hospital, con todo el curso alineado y solamente los padres de Daniela y los míos en el cortejo donde a las tías había que protegerlos con quitasoles. Por explícitas instrucciones se procedió a cremarla y se nos puso un nudo en la garganta cuando Damián tomó la urna con las cenizas y dijo a todos con el clarín que era su voz: «ella misma pidió que yo esparciese sus cenizas sobre el río donde murió mi padre». «Doy gracias a los que me han acompañado, se los prometo, jamás los olvidaré». Hizo una pausa.

—Acuérdense de mí como yo me acordaré de todos. Acuérdense de mi madre aunque no la hayan conocido.

Yo levanté la mano.

—Yo la conocí —dije.

Ramón levantó la suya.

—Yo también la conocí —dijo.

Se agregó Daniela que sollozaba y después Teo y Leo y después todo el curso. Hasta el Zorro.

—Yo la conocí, Damián, y es inolvidable.

Damián lloró, con la vista baja en el piso. Lo abrazamos. Todos, hasta el Zorro.

Partiría a Argentina antes de terminar el año. Daniela tampoco regresó. Ni siquiera estuvo en la fiesta de entrega de diplomas y menciones donde recibí una mención al mérito. Daniela tenía varios premios y medallas pero su madre explicó que no había podido venir por la tristeza de la ausencia de Damián. Los padres hicieron un breve murmullo y los alumnos aplaudimos, brevemente.

Nosotros estábamos más tristes que nadie, los de Moby Dick. Nos habían pedido que tocáramos algo, desde antes de la muerte de la madre de Damián, y era como hacer aparecer a Led Zeppelin sin Page ni Plant. Un guitarrista de otro curso, Murillo, nos siguió en unos arreglos de canciones más o menos conocidas. Por lo menos *We are the Champions* para que la cantara el liceo entero.

Cuando subimos al escenario me dieron ganas de dejarlo todo ahí tirado. Ramón me tomó del brazo con sus musculosos bíceps y me dijo: «Por Damián». «¡Por Damián!», dijimos y yo me acerqué al micrófono y conté que íbamos a tocar solamente un par de temas en homenaje a Damián Martínez. Hubo un aplauso tremendo, sin distinción alguna, sin diferencias, sin

silbatinas. Murillo se sabía *Lazy* de memoria y era fácil seguirlo y después meteríamos la canción de Queen. Era bueno Murillo, traía a su novia en los teclados que hacía esos acordes de armonio electrizante. Comenzamos y pareció que se nos abría el mundo, exactamente como en la Capilla Sixtina. Yo tenía ganas de llorar cuando lo vi a lo lejos. «¡Es Damián!», grité.

«Yo no dejo a mi banda», nos abrazó. A dúo con Murillo se lanzaron con *Lazy*, dos solos, dos competencias de punteos, un swing que era de morirse o, mejor, de resucitar. La gente gritaba sintiendo que lo mejor del año había sido conocer a Damián. Duró como quince minutos, incluso Damián me pasó el solo del bajo y me salieron animales feroces de las cuerdas. Me sentí un mono, una jirafa, la selva entera, ronca, grave, blusera. Nos taparon de aplausos y empezamos *We are the Champions* coreados hasta la comuna entera. Quizás nunca más nos

veríamos, quizás todos nos estábamos separando pero en ese momento éramos los campeones. Las orejas de Leo y Teo, los Tres Cerditos, los presentes y los ausentes. Eramos los campeones, era nuestro momento. Nos habíamos salvado del naufragio. El año de la ballena terminaba. Nos pidieron un bis y abracé a Damián. El choque de los instrumentos emitió un ruido de truenos. «¿Qué?», le pregunté. Vi a mi padre a lo lejos. «Una canción del tiempo de los viejos», dijo Murillo que a lo mejor era telepata: *Born*

to be Wild. Damián se rió: «No lo hemos ensayado nunca». «Nosotros sí», dijo y la tarareó al oído de Ramón, Damián y el mío. Su novia hizo los acordes en el teclado y Murillo se largó. «A improvisar que esto es la vida», dijo Murillo. «A improvisar», gritó Damián, y luego todos nos dejamos llevar por el viento.

Sé que mi padre se emocionó porque me lo dijo. Y mi madre también. Me contaron que en esa época se habían volado con marihuana y hasta el Zorro se sintió tocado. Uno los deja para siempre en el bolero y también conocieron el rocanrol. ¿Cuándo se les pasa? ¿Cuándo se ponen gansos, tarados, formales? ¿Cuándo les arrancan el cerebro o el corazón y les ponen un hígado de cerdo? Tocamos hasta sentir la moto entre nuestras piernas, la carretera, el aire de la libertad. Cuando terminamos, entre los aplausos, Damián me dijo que se iba para siempre. Otra vez. «De pronto te encuentro tocando», respondí.

—Puede ser, puede no ser, hay que improvisar.

Y lo vi alejarse, aplaudido, abrazado, despeinado, entre los compañeros. Cantaron la *Canción del Adiós*, una cursilada, pero igual lloré.

Por todos los amores de ese año.

Y no terminaban.

El Zorro, junto al profesor jefe, comenzaron la serie de discursos que no escuché porque pensaba en Damián y en Daniela cuando sentí la voz, la dulce voz, de Anahí.

—Yo te daría a ti el premio al mejor —me dijo.

—¿Mejor en qué?

—Has soportado todo —insistió.

Se me llenaron los ojos de lágrirr^s.

—No, Ni, tú no sabes lo que aguantó Damián, tú no lo sabes.

Me tomó la mano y me la apretó muy dulcemente. Era algo diferente, muy diferente a lo que producía Daniela pero tampoco quería soltarla. No podía. Como un sobreviviente, flotaba sobre el mar frío, polar, y sus ojos de pequeña esquimal me salvaban.

Mientras los «padres y apoderados» compartían unas papas fritas y unas bebidas, Anahí me contó que se iría en el verano a una playa al norte y yo le dije que tenía que quedarme con mi tío, que estaba en tratamiento y que tenía cáncer. Quizás iría a ver a mi abuela, a su casa en el puerto. Ella sonrió y me dijo que vendría a verme. Que nos encontráramos en el verano, que solamente estaría quince días en el norte y después Santiago era tan pero tan aburrido.

—Podemos ir a la piscina —me dijo.

Nadar, las piscinas no tienen ballenas ni tesoros escondidos. Yo la llevaría al mar bravo de mi puerto.

Ahí te llevaría, Anahí. Lo iba a hacer pero no ahora. Ni yo lo sabía. E íbamos a reírnos mucho, muchísimo.

Yo me encogí de hombros. Sabía su número de teléfono y le di el de mi tío. Después todo fue despedidas-. En algún momento mi ex suegra se me acercó con una carta de Daniela.

Ismael,

Eres mi mejor amigo y también uno de los hombres más importantes de mi vida (así dice, en serio, o sic, como escribe mi tío Juan). No puedo irme del liceo sin despedirnos. Pero no pararía de llorar si lo hago delante tuyo. Estar con Damián y contigo fue algo maravilloso. Nunca los olvidaré. Estuvimos siempre juntos y, de verdad, nunca supe realmente a ,cuál amaba más (sic, otra vez). Supongo que lo importante es que fuimos y somos amigos de verdad. No volveré el próximo año al liceo. Nos cambiamos a otro barrio y mis pa- pás quieren que vaya a un colegio privado para que estudie en la universidad. Eres el más tierno de los hombres que he conocido (sic). Encontrarás otra mujer y serás feliz (sic, otra vez más). Si alguna vez reencuentras a Damián, dile tpte lo quise mucho, mucho, tanto como a ti.

—¿Se van? —le pregunté a su madre.

Ella asintió.

—Pero puedes ir a vernos —quiso consolarme.

No, Daniela no decía nada de eso. Esa cartai era una misión para mi hermana Claudia. Ella me explicaría

qué demonios quería realmente decirme Daniela. Penó lo cierto es que ya me interesaba menos. Muchas líneas eran extrañas, más raro de lo que hablo yo. Pero lo fundamental se entendía. Me había querido. Yo la había querido. Habíamos querido a Damián. Eso era lindo, muy lindo.

Con todo el dolor del mundo, era muy lindo.

—No —le mentí—. Nosotros volvemos al puerto. Va a ser difícil.

—La vida tiene muchas vueltas —dijo mi ex suegro que escuchaba atentamente.

¿Vueltas? ¿Hacia arriba? ¿Hacia abajo? ¿Siempre alguien queda mal parado en las vueltas de la vida, suegro?

Efectivamente celebramos la Navidad en casa de mi abuela materna y hasta apareció mi padre a darse una vuelta. Mi tío Juan, que odia las fiestas familiares, estaba en silla de ruedas y haciendo chistes sin un solo cabello en la cabeza (algo que tenía que ver con el tratamiento contra el cáncer) y sé que hablaron papá y mamá a solas en la terraza, largo rato. Claudia presentó a su novio, un empleado distinguido de la oficina del tío Manuel: «Mi brazo derecho», dijo mi tío, y yo supe que la soledad no cesa nunca de girar.

Me fui hacia las ventanas que miraba mi abuelo y sentí el mar que es lo mejor que existe, sobre todo cuando no hay tormenta ni estás con la quilla enfilando hacia la ballena blanca. Bajo la luz de la luna examiné mi distinguido apéndice viril (nuevo nombre de los diccionarios de mi tío Juan para la pirula, no voy a perder el tiempo viviendo entre tanto libro sin aprovecharlos) y noté el crecimiento de las arborescencias, el bosque diminuto, la fuerza de un hombre. Eso, de consuelo. Pensé si Anahí era bonita o

simplemente simpática y decidí que iríamos de todas maneras a la piscina. Quizás al mar.

A los Tres Cerditos los iban a meter o a un internado o a la Escuela Militar y no sabía hace, un mes de la madre de Leo y Teo. Mi padre no aparecía con ella y, en mi casa, todo lo acaparaban las atenciones con el tío Juan. Ramón vendió su batería a cambio de un playstation 2, lo que es ser, francamente, demasiado ambicioso y poco leal a una causa noble y ruda como el rocanrol profundo. Nunca lo perdonaré, por lo menos hasta que probemos el Metal Gear de serie.

Yo guardé mi bajo en el armario y anoté en este libro, en mi diario de vida, que si el próximo año conseguía estudiar tranquilo aprendería a tocar de verdad y escribiría canciones. Iba a preguntarle a Anahí si podía cantar como Bjórk, por ejemplo, que era una alternativa más que interesante. Es igual de cara.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó mi padre.

Yo escribiendo bajo la luz de la luna. Un par de minutos antes habría sido bochornoso.

—Escribo.

—¿No quieres irte conmigo ahora? ¿Quieres que nos vayamos y nos saquemos a todos estos viejos?

—¿Dónde vamos a ir? ¿Donde Josefina?

Como que se puso triste.

—No, a mi casa no más. Llévate los juegos. Podemos hacer algo.

—¿Y mamá qué dice?

—Que está bien, que lo que tú digas.

—¿No será muy aburrido, papá?

—Ismael, trata de poner de tu parte. ¿Qué hago?

—Si me dejas ponerte a Eric Clapton...

Tragó saliva.

—Estamos. De acuerdo.

—¡Y quiero pasear frente al mar con la radio del coche sonando a todo volumen!

—De acuerdo, de acuerdo... ¿Qué estás buscando ahora?

—El CD de Björk... ¿Quién me esconde los CD? Ya está... Vas a ser muy feliz, padre, muy feliz. No sabes todo lo que te va a enseñar tu hijo. ¡No lo sabes!

—Yo te tendré este año un regalo para los dos. Un computador.

Pero en mi casa. Lo usaremos juntos. —Te quiero igual, papá. No me hagas regalos. Déjame hacerte regalos yo. Déjame contarte alguna vez este año que nos hundió el mundo a todos. Junto al mar. Juntos de verdad.

—Es una buena idea —dijo. Le brillaban los ojos. Tenía el cerebro entero y el corazón le latía completo. Mi padre.

Suecia 415, marzo-mayo 2001

\

Marco Antonio de la Parra

Nació en Santiago, Chile, en 1952. Comparte la profesión literaria con el ejercicio de la psiquiatría y la docencia. Es un reconocido dramaturgo y director de fama internacional. Además ha cultivado el ensayo y la narrativa breve. La búsqueda de la identidad, el vértigo de una imaginación profunda y un humor radical y doliente son notas constantes en su escritura. En Alfaguara publicó la antología de cuentos *Novelas Enanas* y con *El año de la ballena* se inicia en la literatura juvenil.